CÁRLOS COELLO

LA MONJA ALFÉREZ

ZARZUELA HISTÓRICA EN TRES ACTOS

ORIGINAL Y EN VERSO

CON UN PRÓLOGO DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE

de la Academia de la Historia.

LA
MONJA ALFÉREZ

ZARZUELA HISTÓRICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

DON CÁRLOS COELLO

CON MÚSICA DEL

MAESTRO MARQUÉS

Y UN PRÓLOGO DEL

EXCMO. SEÑOR DON JOSÉ GOMEZ DE ARTECHE

De la Academia de la Historia.

Teatro de Jovellanos. — 24 de Noviembre de 1875.

MADRID

IMPRENTA DE T. FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1875

AL

SEÑOR DON EUGENIO FERNANDEZ.

Desde que La Monja Alférez fué presentada al teatro de Jovellanos y usted se encargó de su postura en escena, manifestó hácia mi obra un interés y un cariño que nunca agradeceré bastante.

Acepte usted esta dedicatoria como un recuerdo de su afectísimo amigo

El Autor.

PRÓLOGO.

¡La Monja Alférez! Hé aquí el título de una historieta que, por lo peregrina, ha hecho perdurable la fama de su protagonista y autora en España y, particularmente, en el país vascongado donde vió la luz primera aquella mujer extraordinaria.

¿Mujer? Decimos mal: demonio parece, con efecto, Catalina de Eráuso, encarnado en sér humano de pasiones, más que otra cosa, varoniles y con instintos de fiereza y de independencia, no sólo ajenos á los de su sexo, sino excepcionales en el á que pretendió asimilarse siempre.

¿Qué habria en aquella naturaleza que se creyó propia para el claustro; qué en un temperamento que llegó á considerarse como dulce y resignado, para que despues se deleitara en hacer frente á los huracanes más desencadenados de la vida?

¡Muy graves consideraciones, como dice muy bien el editor de esa historieta, el eminente bibliógrafo y hombre de Estado D. Joaquin María Ferrer, se despiertan al observar la existencia de fenómenos como el, no poco raro, de una mujer que, educada desde niña en un monasterio y pasando por estados serviles, tan contrarios al de su nacimiento, aparece al otro lado de los mares en la baraunda de los campamentos, me-

tamorfoseada en soldado jugador, pendenciero, y hasta galan de cuantas hermosas encuentra en su tortuoso y siempre ensangrentado camino!

Porque mujeres se han visto, y no en número tan escaso que puedan tomarse por excepcion verdaderamente admirable, á quienes la exaltacion religiosa, el sentimiento de la patria, una pasion vehemente, una fantasía, por último, han arrastrado á la de ocultar su sexo para engolfarse en el piélago del mundo con una libertad de accion imposible con los arreos femeninos. Pero de esa accion, cual la que nos presenta la Historia en la mayor parte de las heroinas que conmemora en sus fastos, hasta la ejercida por la doncella guipuzcoana, hay una distancia inconmensurable. Sin salir de España; de la Varona de Villanañe, peleando con el Batallador de Aragon, y de las varias que, con un disfraz ú otro, han tomado parte en nuestras funciones marciales, al Alférez de la guerra de Aráuco, tan cruel para sus camaradas y el propio hermano como para los indios de quienes llegó á ser terror y espanto, hay la distancia de la fé al descreimiento, del valor á la crueldad, de las aspiraciones más ó ménos vagas pero disculpables á las que, por absurdas y repugnantes, rechaza la Naturaleza.

Permítasenos recordar, áun cuando sólo sea á grandes rasgos, algunas de las diversas peripecias que experimentó en su vida aquella mujer singular, pretendiendo convencer de que

es hombre
y más que hombre quien fulmina
rayos, que espantan al cielo
y que la tierra castigan,

porque de ese modo, y no de otro, pueden comprenderse las dificultades que ha necesitado vencer el autor de la zarzuela histórica, á cuyo exámen dedicamos el presente escrito.

Nacida, como tambien dice Montalban,

en San Sebastian, que es villa
en la provincia soberbia
guipuzcoana; la más rica,
á quien el mar lisonjea;
pues que llega á sus murallas
á contribuir en perlas,
si bien de las olas se hacen,
y olas despues quedan hechas,

fué educada en el vecino convento, hoy allanado, del Antiguo. Pero una simple reyerta de monjas la llevó á abandonar aquel retiro; demostrando ya en aquella ocasion la energía de su carácter, con mantenerse tres dias en un castañar inmediato, sin otro alimento que yerbas, ínterin trasformaba su hábito en traje varonil con que echarse al mundo.

De criado, al principio, en Vitoria, Valladolid y Bilbao, hasta en casa de parientes y ocultándose á su padre que corria desolado en su busca, paró en grumete de un galeon que la condujo al Perú. ¿Qué podia ya esperarse de quien á la vista de su padre y oyendo misa, á la de su madre, en el mismo convento en que pasó su infancia, no habia sentido ese vuelco del corazon imposible de ocultacion ó disimulo en el más empedernido!

Ya en América, sirvió á distintos amos: la historia suya de aquellos dias parece la del donoso Gil-Blas de Santillana por los chistes con que la salpica al des-

cribir la vida de sus señores, y los enredos y amoríos de las damas con ellos relacionadas y no pocas veces comprometidas por la diabólica monja en su nuevo carácter de galan emprendedor y caprichoso.

Porque en lo que Catalina de Eráuso se deleita sobre todo, es en demostrar hasta qué punto llevó su fingimiento, informándonos de las ocasiones de su salida de las casas, siempre extrañas y, no pocas veces, por atrevimientos con las mujeres aposentadas en ellas.

De no agraciada catadura, hasta el caso de jamás infundir sospechas sobre su sexo, debia, sin embargo, tenerla simpática, pues, además de ser solicitada para enlaces ventajosos, llegó á tener amigos que la protegieron y ayudaron en los contratiempos que, atrabiliaria é iracunda, provocaba á cada momento.

Insultos imperdonables y duelos que nunca dejaban de resultar sangrientos, la obligaron á acogerse varias veces á sagrado, entónces inviolable; y su conducta osada con las cuñadas de un su amo y el aburrimiento por el servicio doméstico, tan opuesto á su educacion y aspiraciones, la indujeron á satisfacerlas en el ejercicio de la guerra. Su orígen vascongado y las noticias que daba de su propia familia, le valieron el afecto de su hermano Miguel, secretario del gobernador D. Alonso de Rivera, con quien vivió tres años sin darse, empero, á conocer; separándose despues de él por celos que la desacordada doncella se atrevió á infundirle, empeñada en sostener su papel de mozo jugueton, procaz y enamorado.

Con eso, pasó á Valdivia, donde ejecutó la hazaña que debia valerle la bandera de su compañía.

Oigámosla en tal ocasion, porque lo merece:

«Tomaron, dice, y asolaron los Indios la dicha »Valdivia: salimos á ellos, y batallamos tres ó cuatro »veces maltratándolos siempre y destrozando; pero »llegádoles la última vez socorro, nos fué mal, y nos »mataron mucha gente y capitanes, y á mi alférez, y »llevaron la bandera. Viéndola llevar, partimos tras »ella yo y dos soldados de á caballo por medio de gran »multitud, atropellando y matando, y recibiendo »daño: en breve cayó muerto uno de los tres: prose»guimos los dos: llegamos á la bandera, cayó de un »bote de lanza mi compañero: yo recibí un mal golpe »en una pierna, maté al cacique que la llevaba y qui»tésela, y apreté con mi caballo, atropellando, ma»tando y hiriendo á infinidad, pero mal herido y pa»sado de tres flechas y de una lanza en el hombro iz»quierdo, que sentia mucho.»

Alférez cinco años, creyó haber ganado la compañía en la batalla de Puren, donde murió su capitan, mandándola Catalina hasta vencer y hacer colgar de un árbol al jefe de los indios, Quispiguancha; acto, este último, á que despues atribuia el no haber ascendido.

Una pendencia en el juego la hizo matar á otro alférez que la habia insultado; siendo inmediatamente presa por el Auditor, á quien, al procurar acogerse á sagrado por indicaciones hechas en vascuence por Miguel, allí presente, hubo tambien de sacrificar á sus iras en los esfuerzos por desprenderse de las manos con que aquella autoridad la llevaba aprisionada. Dias despues, evadióse del convento para asistir como testigo á un duelo nocturno, en el que, tomando parte

los padrinos, mató tambien, ignorante de quién era su contrario, al único hombre que le merecia alguna estimacion: á su hermano que, á su vez, no observaba tampoco con quién se las habia en aquella funesta y bárbara contienda.

Vuelta al monasterio, y cuando presenciaba los funerales de su hermano, «¡Sabe Dios, dice, con qué dolor!» estuvo á punto de ver atropellado aquel asilo por el Gobernador, cansado de tantos excesos como á su favor se cometian. A los ocho meses huyó, que no falta nunca entre españoles quien dé caballo y armas al burlador de la justicia; y despues de una peregrinacion por los Ándes en que vió morir de frio á sus compañeros de fuga, ella, mujer al fin y, como tal, débil al parecer y extenuada por el cansancio y el hambre, pudo resistir lo que ni los indios que halló en su camino ni los foragidos que la acompañaban.

En Tucuman se le ofrecieron dos bodas cuyo honor declinó, burlando, sin embargo, á las novias; la una *negra y fea como un diablo*, á su decir, y la otra, *mocita de su edad, de relevantes prendas y con buen dote.* Volvió á Potosí, á 550 leguas nada ménos, donde, como recuerda con mucha galanura en su biografía, *por algo que hubo de hacer* en el alzamiento de Alonso Ibañez, ó *acaso por algo ántes hecho*, sirvió dos años el oficio de Ayudante de Sargento Mayor.

Otros dos más tarde se hallaba nuestro Alférez, reformado, por supuesto, y abandonada por mucho tiempo la bandera, en casa de un rico minero de la Plata, de la que, por otra reyerta, hubo de pasar al alojamiento de una viuda, dama, la más principal, de la localidad. Rivalidades de preferencia en la iglesia

con la mujer de un sobrino del Conde de Lemos, el Mecenas de Lope y de Cervantes, produjeron tantos insultos entre las damas, tal lluvia de cuchilladas entre los deudos y tamaño castigo para los clientes, que el Alférez, bajo la acusacion de haber cortado la cara á la enemiga de su huésped, se vió sometido al tormento. Empezaron las vueltas: ya nuestros lectores habrán leido lo que era eso; se mantuvo la ex-monja firme como un roble, y se hubiera dejado hacer pedazos sin la casualidad de haberse en aquellos instantes reconocido el error; con lo que, y apelando á la Real Audiencia, salió libre, si bien magullada, de la Plata.

Nueva pendencia en las Charcas, la hace acogerse otra vez á sagrado, de donde huye á Picobamba para subir al patíbulo por otro duelo nocturno. Ya se encontraba en el fatal tablado, decidida á dejar para los enterradores el conocimiento de su sexo, cuando, por mediacion de otro de tantos vascongados como halló para fortuna suya en América, se reconoció la falsedad de los testigos que, al deponer contra ella, decian haber visto lo que no vieron, á pesar de haber sucedido, la muerte dada al portugués, fundamento del proceso.

Otra riña, conyugal ahora y por causa de adulterio, produjo la muerte del ofensor de un conocido suyo. Se acoge á su proteccion la culpable; súbela á ancas de su caballo y vuelve á la Plata para dejarla en un convento de monjas. Pero, al entrar á su vez en la iglesia mayor, es alcanzada por el marido, que ya la consideraba tambien matador de su honra; tal era, sin duda, el concepto que le merecia su tierna cónyuge. La pelea tiene ahora por teatro el templo del Señor, y

se hace tan encarnizada que los dos combatientes quedan tendidos al pié del altar mismo, de donde son arrancados por los frailes de un convento próximo. Curados los dos con el tiempo y la esmerada asistencia de los Padres, el marido sale del convento para encerrarse perpétuamente en otro; la mujer se establece en el á que se habia acogido, fundado por su madre, y Catalina vuelve regalada y satisfecha, como un desfacedor de agravios, á proseguir en su vida de aventuras, increibles sin el testimonio irrefutable que de ellas existe.

Sentenciada de nuevo en la Paz por otra muerte, confesó en la capilla, no su sexo, que no sabemos para cuándo lo dejaba; pero, al comulgar, se llamó á iglesia volviendo en sus manos la sagrada forma, con lo que, restituida á la libertad, se trasladó al Cuzco.

Poco despues asistia á la batalla naval reñida con los holandeses junto al Callao, siendo D. Juan de Mendoza virey del Perú. Prisionero, al irse á pique la almiranta, con otros dos españoles, únicos que, al par de nuestro Alférez, se salvaron del naufragio, fué soltado en la costa para volver á Lima y dar lugar á la chistosa escena del caballo con que empieza la zarzuela, objeto del presente escrito. No tardó en volver al Cuzco, donde ejecutó lo que puede llamarse su prinpal hazaña, el duelo con «El nuevo Cid,» *hombre moreno, belloso, muy alto y que con la presencia espantaba*, á quien, herida y con las ánsias ya de la muerte, arrojó cadáver en las gradas del convento de San Francisco.

Y como allí y en cuantas partes aparecia, nuevas luchas y muertes, combates á pié y á caballo, en garitos ó en el campo, con espada y daga ó con pistola,

la ponen cada dia en manos de corchetes y en peligro de horca, hasta que otra batalla feroz, salvaje, á la vista misma de las autoridades de Guamanga, la hace caer á los piés del Obispo, quien ¡oh asombro! con sus amonestaciones y dulces consejos, logra lo que ni el tormento, ni el espectáculo del patíbulo, ni el de los funerales de su hermano, ni cien heridas crueles la habian arrancado: la declaracion de su sexo.

«Señor, le dice, soy mujer: nací en tal parte, hija »de fulano y zutana; me entraron en tal edad en tal »convento, con fulana mi tia: allí me crié; tomé el há»bito; tuve noviciado: estando para profesar, por tal »ocasion me salí: me fuí á tal parte, me desnudé, me »vestí, me corté el cabello: partí allí y acullá, me em»barqué, aporté, tragené, maté, herí, maleé, correteé, »hasta venir á parar en lo presente, y á los piés de su »señoría ilustrísima.»

Remate más cumplido parece que no quepa á vida tan extraordinaria y azarosa. Todos creerian que una nueva de retiro y penitencia purificaria la pasada de desórdenes crueles y hasta criminales.

Nada de eso. En hábito ya de monja, aún recorrió varios conventos del Perú ántes de volver á España; armando en la escuadra que la conducia una, y no ligera, reyerta que pudo tener las consecuencias más graves.

En la Península fué, como es natural, objeto de admiracion; y el Rey, oido su Consejo de Indias, la concedió una pension vitalicia de 800 escudos anuales. No pudiendo ir á Italia por Piamonte, de donde se la habia hecho retroceder considerada como espía, se fué por Barcelona, disfrazada, por supuesto, de hombre,

que ya la eran insoportables el manto y la basquiña y, mucho más, los atavíos monjiles de sus primeros años. En Génova mató á un italiano que rabiaba por habérselas con españoles; y en Roma y Nápoles, á pesar de haber confesado de nuevo y de ser obsequiada hasta hacerse consignar su nombre entre los de los ciudadanos de la antigua Metrópoli del mundo, no supo sujetar sus manos ni mucho ménos su lengua.

Diciéndole el Cardenal Magalon—y aquí terminamos con un rasgo de modestia para que no todos los de nuestra heroina aparezcan detestables—que no tenia más falta que la de ser español, le contestó inmediatamente: «A mí me parece, señor, debajo de la corrección de Vuestra Señoría ilustrísima, que no tengo »otra cosa buena.»

Y, con efecto, pocas eran las cualidades que adornaban á Catalina de Eráuso para hacerla recomendable á sus contemporáneos ni á la posteridad.

Su valor, más que virtud, era instinto de fiereza, incomprensible en su sexo y hasta en el en que siempre debe aparecer grande y generoso.

No hay más que leer su escrito, y se observa que ese denuedo era resultado de una índole que no puede ménos de calificarse de perversa; pues, de otro modo, trataria de justificar los cien sucesos de funestos resultados en que tomó parte, con razones ó excusas que revelaran un espíritu de arrepentimiento que nunca evoca.

Sólo una condicion la abona, la de castidad, que no necesita realmente, para que se le conceda, del testimonio de las matronas que la reconocieron en Guamanga. Sin esa cualidad, todo su cuidado en disfra-

zarse, sus hombradas y su procacia, quedaban ineficaces para proporcionarle la libertad de accion á que aspiraba. No es, sin embargo, el amor pasion que puede ocultarse durante una vida, y la Monja Alférez debió desconocerlo de todo punto; lo cual es tambien prueba de su temperamento arisco, rudo é inhumano.

Ahora bien: ¿puede con tales caractéres trazarse una accion dramática que interese y conmueva? Una jóven desacordada, sin sentimiento alguno de los de su sexo; viviendo tan sólo en la sociedad de hombres dedicados al lucro y al pillaje, tahures ó matones; entregada, como ellos, á costumbres que sólo tienen asiento en las cárceles y garitos, y buscando para teatro de sus combates la inmediacion de los templos donde mofarse de la justicia, no servirá nunca, en la desnudez en que ella misma se retrata, de protagonista que arranque del público las manifestaciones, galardon, el más preciado, del talento dramático.

Si, como aquí sucede, lo peregrino y popular del personaje provoca á su presentacion en la escena, necesita el autor introducir variaciones tales, para hacerlo admisible, que lo trasformen en simpático y hasta interesante.

Ya lo intentó D. Juan Perez de Montalban buscando en la gracia de la trama, el efecto de los juegos escénicos y lo chispeante del estilo, el contrapeso que necesitaba á la repugnancia que habria de inspirar su heroina, de no atribuirle rasgos que desfigurasen su carácter conocido de todos en la corte. No se atreveria á tanto, viviendo ella, áun cuando léjos á la sazon; y, por el contrario, sin apartar de la vista y de la pene-

tracion del auditorio el defecto que más la afeaba, la adornó con otros no ménos repugnantes.

Comerciante de galanteos cual se mostró alguna vez, y no galan generoso que tan bien sienta en la escena, aparece, con efecto, al presentarse en ella, el D. Alonso de Montalban, y la intencion aviesa que le caracterizaba y brilla en todo el drama, anda juntamente mezclada en él con una dósis de quijotismo tan impropio de la persona como poco digno del teatro. Para eso, el autor ha tenido que presentar una dama tan desenvuelta como las que más del teatro coetáneo, perseguidora incansable del hombre á quien, nueva Lucrecia, creyó deber rendir su albedrío para evitar el escándalo que habria de perderla. Pero, al contrario de la matrona romana, aún creia sincerarse á los ojos del que suponiendo hombre consideraba como amante todavía, ó, valiéndose de su afecto, obligar al que, despues de todo, no habia hecho sino dejarse conducir al suspirado paraíso, á satisfacer una que difícilmente podria él tomar por deuda, contraida, como habia sido, en la oscuridad y sin compromiso alguno.

Resultan de tanto absurdo, caractéres en que no se sabe qué condenar más, si lo inverosímil ó lo repulsivo.

Comedia de circunstancias, debió urdirse en los momentos en que nuestra Monja, recientemente llegada á la Península, era objeto de la curiosidad general y áun de la admiracion de los madrileños; y no debe chocar el que Montalban, creyendo seguir la corriente de la opinion, amiga siempre de exageraciones, añadiera á lo odioso, en el papel del Alférez, lo poco edificante del de Doña Ana.

Á quien haya leido la comedia del celebrado amigo del Fénix de nuestros ingenios, le parecerá imposible, y sin embargo es la verdad, que se haya representado no hace mucho en uno de los principales teatros de España sin protesta alguna y, por el contrario, con repeticion y estrepitosamente aplaudida. ¿Cómo los oidos de las damas del siglo XIX han podido escuchar la confesion bochornosa de Doña Ana al que decia ella amar y consideraba enamorado todavía de su candor y gracias?

El Sr. Coello debia salvar los que en terreno tan resbaladizo eran escollos, quizás invencibles, para Montalban. No le era dado desfigurar un carácter tan conocido; tenia que sostenerlo en cuanto no contrariase las corrientes de un gusto que los tiempos, por hipócritas acaso, han cambiado completamente. Y si no podia forjar una fábula que de Catalina de Eráuso hiciera una mujer de las que tantas ha habido llevadas de una pasion, debia apoyar en ese sentimiento mismo la accion principal de su drama.

El amor era para la ex-monja repulsivo, y sin eso hubiérase hecho imposible su existencia con las aspiraciones á lo extraordinario que abrigaba su corazon de hierro. La ficcion de un cariño contrario á la naturaleza no habia de dar juego á la accion dramática ni conmover á un público ávido siempre de sensaciones que, sin la verdad por base, no pueden producirse. Habia, pues, que falsear la historia y dar nuevo carácter á la persona del Alférez, acordándole una pasion que no conoció, pero que era natural y absolutamente necesaria, además, para el teatro, si habia de presentársele en él y hacerle soportable á los espectadores.

Algo se descubre de eso en la comedia de Montalban, al aparecer D. Diego en la escena II del primer acto; pero no pasa de una palabra, bastante ambigua de otro lado, la expresion de un afecto que despues queda como borrada en el Alférez por la indiferencia de su condicion, el orgullo de su fingimiento y la fiereza y crueldad con que le sigue el autor adornando hasta el final del drama.

El Sr. Coello ha estado en eso más explícito, y desde la presentacion de Dávalos en la escena X, quien con atencion la escuche no podrá dudar de que en Guzman se esconde una aficion hácia su camarada que, conocida la diferencia de sexo, no puede ser sino amor.

«Pensando me vuelvo loco
con qué cariño le amo,
porque, si amistad le llamo,
pienso que le llamo poco.
¿Amor de hermano? Tampoco.
Lope es áun más para mí,
y hace tiempo desistí
de saber qué nombre tiene
un afecto que contiene
todos los demás en sí.»

Desde el momento en que Guzman pronuncia esas palabras, el que siga escuchando con el interés á que la décima provoca, encontrará en frases y situaciones un sentimiento que, de exhibirse prematuramente, destruiria por completo la verdad histórica, y necesita, por tanto, continuar como latente hasta la ocasion en que haya de producir todo su efecto escénico.

Y ninguna más propia que la del final, pues que,

de conocerse ántes el secreto de Catalina, resultaria la accion subsiguiente descolorida y fria, con el mismo defecto que la composicion de Montalban, donde no puede verse sin sorpresa que quien resistió con entereza verdaderamente extraordinaria al tormento y ante el cadalso por no declarar su sexo, lo confiese por salvar el honor, que tan poco debia importarle, de una dama casquivana y quizás rival suya.

Por no seguir ese camino, ha logrado el Sr. Coello dar animacion creciente á su zarzuela; acomodándola, á la vez, á la manera de ser de un personaje que, sin su tenacidad en guardar el secreto de su sexo, dejaria de resultar la Monja Alférez de la historia.

No la ha desnaturalizado poco en el Nuevo Cid, á quien de brutal y malvado ha convertido en galan caballeroso, capaz de los sentimientos más elevados, necesarios, es verdad, en él para disculpar la pasion de Catalina y encontrar motivo á su duelo y conducta posterior en el consejo de guerra. No tienen, tambien, que dispensar poco al autor los rigoristas en achaques de historia, al verle dando la vida, pues que para Miguel Eráuso lo era la posesion de Doña Elvira, en vez de la muerte violenta y tenebrosa que recibiera en la Concepcion de manos de su hermana.

Pero sólo así consigue el Sr. Coello crear, con personajes que podríamos llamar indisculpables, una accion grata y sentimental, en vez de la repugnante y odiosa que resultaria de pintarlos con sus verdaderos colores. El objeto á que se dirige esa accion es el de poner de manifiesto la persona del Alférez, por mil causas olvidada entre nosotros; y, guardando para ella el parecido posible, la ha hecho el Sr. Coello cen-

tro y blanco de pasiones, si no las que agitaron y rodearon á la doncella guipuzcoana, sí las á que debió estar sometida en el fin moral á que tiende la composicion dramática. Y si resulta, de ese modo, homogénea, animada é interesante, no lo debe poco, tambien, á lo propio de las situaciones que así se producen, á lo gráfico de los conceptos de que está salpicada, y á la gracia y facilidad de una versificacion en que aparecen todos los géneros de poesía dramática, desde los ya ensayados por el autor en *Hamlet*, *La Mujer propia* y *Roque Guinart*, hasta los que tantos aplausos le han valido en otras más ligeras piezas cómicas.

No sin razon ha dicho un crítico de la nueva zarzuela, «que en la escena de la reja, por ejemplo, cree »ver mucho de la soltura de Lope y algo de la malicia »de Tirso; que en la del desafío se le figura vislum»brar algo semejante al brio Calderoniano; que en la »siguiente entre Dávalos y Guzman le parece descu»brir pensamientos merecedores de más alto empleo.»

Nosotros, en el papel de Mostacho, no hubiéramos, sin embargo, abusado de esa facilidad de conceptos y de la más difícil de expresarlos que despliega siempre el Sr. Coello en sus composiciones. ¿Cómo habia de resistir á su lado un bufon tan exageradamente cobarde y hablador tan sin tino el Alférez Guzman, para quien la única cualidad apreciable era la del valor, y en su situacion excepcional no debia la circunspeccion serle indiferente? En esa parte nos inclinamos del lado de Montalban cuando, con tanta gracia como verdad, pone en labios del criado la siguiente redondilla:

No viene Machin de casta
que se pierde por hablar,
pues para saber callar,
soy vizcaino, que basta.

Una escena debemos, con todo, recordar en que no caben más naturalidad ni mayor donosura. Es imposible que Catalina, en sus condiciones de carácter y vida, conozca los resortes que deben tocarse para ablandar el corazon de una coqueta, y Mostacho la saca del apuro en que debe verse para rendir el de Elvira, pero con un donaire que hace animadísima la escena y del mejor efecto. Es una de las que más realce dan al segundo acto, el mejor indudablemente de la zarzuela; desenvolviéndose en él todo el pensamiento que el autor no puede ménos de dejar esbozado, tan sólo, en el primero. Si despues, en el último, no deja de sorprender el desenlace, descubierto en un pliego fiado por Catalina á su defensor como encerrando sus postreras voluntades, en el anterior se encuentran reveladas las condiciones más apreciables en la composicion de una pieza dramática. Por eso ha dicho, sin duda, otro crítico:

«Es más: Cárlos Coello, con ese exquisito estudio »del corazon femenino, con esa noble fantasía que le »impulsa á levantar sobre la escena figuras que irra»dian generosas cualidades, cual lo demostró en *La »Mujer propia*, ha encarnado en *La Monja-Alférez* de »la historia y la tradicion un sér que si hubiese ger»minado sobre un terreno más idóneo que el escenario »de la Zarzuela y hubiera nacido acompañado de otros »elementos más artísticos, hubiera sido tal vez una de »las producciones más bellas del poeta y una de las

»más felices concepciones dramáticas de nuestro teatro »contemporáneo.»

Es verdad: la zarzuela es composicion á que sólo en España se aplican condiciones que el arte tiene reservadas para obras más sérias y de mayor desempeño. La música, y, sobre todo, los coros y las exigencias de un aparato, sin el que la zarzuela no suele atraer á una gran parte del público, matan, puede decirse, la armonía, el enlace y la intencion dramática que despiertan el interés en los espectadores. Para cada libreto de ópera que, como los de Romani, participen de condiciones dramáticas en su verdadero concepto, hay ciento en que el autor no se ha propuesto sino el órden en una série de composiciones líricas que las enlace á un asunto ya conocido, por lo regular, del público, para que éste las aplique á él con su pensamiento ó en su memoria.

La mayor parte de las óperas desnudas de la música resultarian ser un mónstruo dramático.

La zarzuela, pues, ha concentrado en su composicion dos inmensas dificultades: la del arte dramático y la del lírico. Pero, áun vencidas por los autores del libreto y de la música, tropieza con una, en el mayor número de casos, insuperable; la de su representacion.

Si ya es difícil encontrar actores que siquiera pongan de manifiesto las bellezas de un drama ó una comedia, sin que se trate de hacerlas brillar con todo el esplendor que en ellas quepa, ¿cómo exigir á esos actores las facultades y el talento, tan diferentes, del arte de cantar? Ni, ¿cómo podrá el que conozca el tan celebrado apólogo de «El Pato y la Serpiente,» extrañar esa falta de cualidades que precisamente ha de

sentirse en quienes, para llenar su papel, necesitan reunirlas en un grado igual, ya que no sea con la perfeccion apetecible?

No aconsejaremos, pues, nunca á escritores de la vena y el fuste del Sr. Coello la composicion de una zarzuela. Emplee sus facultades en obras de importancia mayor en que lucirán con brillo que se refleje, más intenso y vivo cada vez, en su ya bien sentada reputacion literaria.

No nos atrevemos tampoco á calificar la música de la zarzuela á que se refiere el presente escrito. Para hacerlo, necesitaríamos conocimientos de que carecemos; y huimos, por eso, de que se nos aplique la ya citada fábula ó alguna otra más significativa, quizás, de Iriarte. Pero sí diremos que la costumbre de oir buena música nos ha hecho comprender que la del Sr. Marqués en *La Monja Alférez*, si no satisface á algunos, más que por su falta de mérito, debe ser porque entraña condiciones que están muy por encima de las que una parte del público suele exigir en la zarzuela.

JOSÉ G. DE ARTECHE.

REPARTIMIENTO.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA CATALINA DE ERÁUSO, bajo el nombre de EL ALFÉREZ GUZMAN.	SRAS. TODA.
ELVIRA, hija de Rivera.	» SANDOVAL.
TEGUALDA.	» RODRIGO.
LOPE DÁVALOS, «EL NUEVO CID», capitan de mosqueteros.	SRES. SANZ.
DON ALONSO DE RIVERA, gobernador del Callao.	» GIMENO.
MIGUEL ERÁUSO, su secretario, capitan de mosqueteros.	» ARCOS.
GALINDO, capitan de mosqueteros.	» PLÓ.
MOSTACHO, soldado de piqueros al servicio del alférez.	» FERNANDEZ.
CARRANZA, sargento de mosqueteros, su tio.	» FUENTES.
UN CIEGO.	» GONZALEZ.
UN INDIO.	» CASTRO.
UN CORREGIDOR.	» CUESTA.
SOLDADO 1.º	» NAVAS.
SOLDADO 2.º	» BELTRÁNI.

Mosqueteros, Piqueros, Hombres y Mujeres del pueblo, Comerciantes, Indios, Damas y Caballeros, Maceros, Frailes, Regidores, Togados, Artesanos, El almirante D. Rodrigo de Mendoza, Mozos de la hostería, Criados del Gobernador: Coro general.

La escena pasa en el Callao: año de 1615.

En el segundo acto de esta obra se estrenó una bellísima decoracion, pintada por el Sr. D. Luis Muriel.

ACTO PRIMERO. (1)

Gran plaza en la ciudad del Callao.—En el foro, derecha, el muelle, y, arrimada á su pretil, una galera dispuesta para la cucaña marítima que ha de verificarse. Se descubre tambien la arboladura de otros buques.—A la izquierda, en el foro, fortificaciones y caserío; en primer término, el palacio del Gobernador, con puerta y escalinata practicables.—A ambos lados, tiendas de gran lujo, con telas riquísimas colgadas formando pabellones; canastos con frutas, flores, etc., etc.—En el último tercio del tablado, una fuente de vino, que corre durante las primeras escenas.—Todas las construcciones, á excepcion del palacio, serán de uno ó dos pisos y de madera en su mayor parte, alzándose sobre sus verjas ó tapias los árboles de los jardines que tienen detrás.

ESCENA PRIMERA.

SOLDADOS, MARINEROS, COMERCIANTES Y PUEBLO *de todas edades, sexos y condiciones. Unos llenan sus vasos en la fuente de vino, los chocan entre sí y beben; otros juegan á la pelota en un muro de la derecha, y en el fondo izquierda, á la barra y á los bolos. Cuando lo marca el diálogo, pasan algunos por la cucaña, y caen al agua á los primeros pasos, entre la algazara de todos los demás. Cuadro de gran animacion y movimiento. Al levantarse el telon, dos grupos de soldados diferentemente vestidos, se encuentran y se abrazan.*

MÚSICA.

SOLDADOS.

—¡Bien venidos, camaradas!
—¡Un abrazo!—¿Sólo uno?
Ya es del todo inoportuno
el recelo de un revés.
Nuestras filas, engrosadas
por tan próvido refuerzo,
neutralizan el esfuerzo
que intentaba el holandés.

TODOS.

¡Corran las horas en loca alegría!
¡No haya este dia
de santa efusion
quien á venturas tan grandes y ciertas
cierre las puertas
de su corazon!

MARINEROS.

Entre donaires
y bulla y chacota,
cruce los aires
veloz la pelota.
¡Ahí vá! ¡Ahí vá!

MUJERES.

¡Rueden los bolos y zumbe la barra!

UN GRUPO.

¡Este partido lo gana Navarra!

OTRO.

¡Dice Aragon que perdido no está!
—¡Ahí vá! ¡Ahí vá!

SOLDADOS.

¡Choquen las copas y sálgase el vino
como las almas se salen de tino!
¡Beber es vivir!

MUJERES.

Viva la tropa y aplausos reciba.

SOLDADOS. (Persiguiéndolas.)

¡Dame un abrazo si quieres que viva,
que esto es morir!

MUJERES.

No apriete de esa suerte,
que me dá miedo.

SOLDADOS.

Aprieta tú más fuerte,
que yo no puedo.

MUJERES.

¡Basta ya! ¡Basta ya!

SOLDADOS.

Este es el principio ¿y te cansas ya?

MUJERES.

¡Arre allá! ¡Arre allá!

SOLDADOS.

No tengais miedo, muchachas,
de nuestro porte, de nuestras fachas,
que aunque nos pintan tan fieros,
muy á menudo nos juzgan mal.
Los que al zumbar los cañones
son para el indio bravos leones,
son con vosotras corderos
que marchan mansos tras de la sal.

MUJERES.

Vivid alerta, muchachas,
que nunca mienten portes ni fachas;
y si los pintan tan fieros,
nunca los juzgan bastante mal.
Los que al zumbar los cañones
son para el indio bravos leones,
lobos serán carniceros,
y ¡ay de la mano que dé la sal!

SOLDADOS.

Abre las manos y muestra la sal,
que el corderito te sigue leal.

MUJERES.

(Si en un principio con miedo los ví,
me dan más miedo cuando hablan así.)

UN GRUPO DE GRUMETES Y CHICOS DEL PUEBLO.

¡Ya está lista la cucaña!
Compañeros, ¡á ella! ¡á ella!

Quien con ánimo la huella,
se hace dueño del bolson.

OTRO.

La codicia les engaña;
tiene el palo mucho sebo:
yo no subo, no me atrevo
á chuparme un remojon.

—Ya va uno.
Miedo trae.
Que vacila...
¡Que se cae!
¡Já, já, já!
¡Já, já, já!

¡Reverendo chapuzon!
El ejemplo no nos dá
la más leve tentacion.

—Ya va otro.
Miedo trae.
Que vacila...
¡Que se cae!
¡Já, já, já!
¡Já, já, já!

COMERCIANTES.

De la dicha á los reflejos
nuestro pueblo se alboroza,
y recibe con festejos
las galeras de Mendoza.

SOLDADOS.

Venga, venga en hora buena
con sus barcos Spilberg,
que el soldado tiene pena
cuando no tiene que hacer.

TODOS.

Ahora trucos y regatas,
luégo baile y procesion...
¡Por un dia te dilatas,
oprimido corazon!

ESCENA II.

DICHOS; EL SARGENTO CARRANZA Y MOSTACHO, *que salen por la derecha. Éste viste traje militar y lleva enormes bigotes; el rostro de aquél está cruzado por una cuchillada.*

HABLADO.

MOSTACHO. (Conversando con el Sargento.)

Nó: yo he sido desde luégo
criado del alférez Diego
de Guzman, que en Paicabí
se pasó á mi cuerpo; llego con la escuadra
~~con la flota~~, y héme aquí.
Héme aquí, tio y señor,
convertido en bacalao
por el grueso y el color,
al mirarme ¡defensor
de este puerto del Callao!
¡Yo, que siempre esquivo el lance
que puede traerme un percance!
¡Yo, tan falto de egoismo
que, una vez puesto en el trance,
no me defiendo á mí mismo!

CARRANZA.

Ven para que te presente
á mi tropa.
(A un grupo de mosqueteros, que se les acerca.)
—Buena gente,
este mozo es mi sobrino:
un valiente.

MOSTACHO.

¿Yo valiente?
No... (Con modestia.)

CARRANZA.

Sí. (Aparte á Mostacho.) (¡Valiente... pollino!)

MOSTACHO.

Tio... ucé me honra y me aplasta.
—En fin, me vendrá de casta.

CARRANZA.

(¡De qué hablas?

MOSTACHO.

Del valor.

CARRANZA.

Ya).

SOLDADO 1.° (Que ha estado mirándole.)

Mostacho... ¿Tú por acá?

MOSTACHO. (Reconociéndole.)

¡Juanillo!

SOLDADO 1.°

¡Un abrazo!

MOSTACHO. (Sofocado.)

¡Eh! ¡Basta!

SOLDADO 2.°

¡Otro á mí!

MOSTACHO.

¡Anton!

SOLDADO 2.° (Apretándole más que el otro.)

¡Descastado!

MOSTACHO.

¡Ay!...

SOLDADO 2.°

Dí, ¿qué ha habido en Segóvia
desde que me hice soldado?

MOSTACHO.

¡Uh!...—¿Sabes quién se ha casado?

SOLDADO 2.°

Nó: ¿qué he de saber?

MOSTACHO.

Tu novia.

SOLDADO 2.°

¡Mi novia!

MOSTACHO. (Al soldado 1.°)

Y tu suegra ha muerto.

SOLDADO 1.° (Despues de una pausa, como dudándolo.)

¿Es cierto?

MOSTACHO.

¡Vaya si es cierto!
—Hombre, no llores; ¡paciencia!

SOLDADO 1.°

(Pasándose la mano por los ojos y con cómica resignacion.)

Nó: siempre obra con acierto
la Divina Providencia.

MOSTACHO.

Y tu mujer ha tenido
tres hijos.

SOLDADO 1.°

¿Tres! ¿No he entendido
mal? ¿Tres hijos!

MOSTACHO.

Sí, pardiez:
al mes de haber tú salido
de allá, y todos de una vez.

(El soldado 1.° respira libremente y todos se rien.)

SOLDADO 1.°

Pero ¿qué milagro es este
de estar tú aquí? No me explico...

MOSTACHO.

¿Deseas que te conteste
con lealtad? Querer ser rico,
cuésteme lo que me cueste.
[Yo me encontraba en Castilla
sin gregüescos ni ropilla,
y ultrajaban mi derrota
las noticias de la flota
que entra anualmente en Sevilla.
Mi pensamiento fecundo
vió tras del hambre un tesoro,
y díjeme: «Yo me hundo...
Pues, si he de irme al otro mundo,
vamos al mundo del oro.»
Y aprisa, porque no cobre
fuerza el temor, fuí á Sanlúcar
y me lancé al mar salobre
hecho un soldadillo pobre
para volver hecho un Fúcar.]
Y no hay más: esta es la historia.

CARRANZA.

(Que ha escuchado con ira; reprimiéndose y con sonrisa forzada.)

No le hagais caso; os engaña.

MOSTACHO.

No... (Sinceramente.)

CARRANZA.

(¡Voy á uncirte á una noria!)
— Mi sobrino busca gloria;
viene á morir por España.

(Mirándole con ojos amenazadores.)

MOSTACHO.

Sí... Tambien traigo ese plan...
— Y... esta gente...

(Señalando un grupo de indios.)

SOLDADO 1.°

Adora al sol.

MOSTACHO.

¿Al sol!...

CARRANZA.

Y sus leyes dan
la muerte al hombre holgazan.

MOSTACHO. (Sorprendido.)

Pues aquí hay mucho español.

SOLDADO 1.°

Muere el marido, y se entierra
con él su esposa amorosa.

MOSTACHO.

¿De modo que, en esta tierra,
ni el pobre que el ojo cierra
se ve libre de su esposa?

SOLDADO 1.°

El país es un venero
de riquezas: en los rios
la arena vale dinero.

MOSTACHO.

¿Sí!...

SOLDADO 1.°

Es de oro.

MOSTACHO.

Señores mios...
me voy á hacer arenero.

CARRANZA.

Ya vuelve el Gobernador.

ESCENA III.

DICHOS Y RIVERA *entre* ERÁUSO Y GALINDO, *por el fondo derecha. Todos se apartan con respeto, abriéndoles paso.*

RIVERA. (Con afabilidad y expansion.)

Hijos, no vengo á turbar
lo que hoy forma mi mayor
placer: dejadme gozar
de vuestra dicha al calor.
Noble y legítima es
la causa de esos extremos:
ya, sin temor á un revés
de la fortuna, podemos
esperar al holandés.
Pero ved que, como el vino
abre al desórden camino,
el que espada al cinto lleva
necesita mucho tino
para medir lo que beba;
pues á menudo se advierte
que una broma toma vuelo
y en quimera se convierte...
(En tono de cariñosa advertencia y muy marcado.)
y en tiempo de guerra, el duelo
se castiga con la muerte.

MOSTACHO.
(Que hace frecuentes viajes á la fuente de vino.)

(Este vejete exagera.
Mi genio me pone fuera
de todo peligro, tio:
yo desafío á cualquiera...
á que no me desafío.)

RIVERA.

Y adios, que noto que os causo
molestia siguiendo aquí.

MOSTACHO.

(La idea es digna de aplauso.)

RIVERA. (A Galindo.)

Quedáos.—Miguel Eráuso,
subid más tarde por mí. (Entrando en el palacio.)

MOSTACHO.

(¿Quién es el que habla con él?

CARRANZA.

Su secretario Miguel
Eráuso.

MOSTACHO.

El cargo y el nombre
son vizcainos.

CARRANZA.

Y el hombre,
honrado, discreto y fiel.)

ESCENA IV.

MOSTACHO, CARRANZA y el CORO *se reparten por el fondo del teatro, desapareciendo poco á poco;* ERÁUSO *se dirige lentamente hácia* GALINDO, *que continúa en primer término.*

GALINDO.

¿Me negarás todavía
que estás preocupado y triste?

ERÁUSO.

Galindo...

GALINDO.

Inútil sería:

pero ¿qué razon existe
para esa melancolía?
—O no te llames mi amigo,
ó ten franqueza conmigo
y dime lo que te pasa.

ERÁUSO.

Pues ¿no lo sabes? Que sigo
sin tener carta de casa.

GALINDO.

Si algo malo sucediera...

ERÁUSO.

El corazon adivina.
Mis padres, en la postrera,
no me mentaban siquiera
á mi hermana Catalina.

GALINDO.

¿No es esa la monja?

ERÁUSO.

Sí;
la que quedaba en la cuna
cuando del hogar partí
en busca de la fortuna
que áun anda huyendo de mí.—
Desde entónces dí en pensar:
«Mi pobre hermana se ha muerto,
y me lo quieren callar...»
Les pregunté si era cierto:
no me han vuelto á contestar.

GALINDO.

Vaya, esas son aprensiones
cuya importancia te abultas,
y con las que, en ocasiones,
hasta de tí mismo, ocultas
más graves preocupaciones.

ERÁUSO. (Turbado.)

No te comprendo.

GALINDO.

El dolor
que te trastorna, lo inspira
el desatinado amor
de Dávalos hácia Elvira,
la hija del Gobernador.
Y no merece, en verdad,
la loca frivolidad
de esa mujer...

ERÁUSO.

Yo te ruego...

GALINDO.

Que ambos perdais el sosiego
y acabe vuestra amistad.
El temor tus labios sella,
y él sufre el desdén crüel
maldiciendo de su estrella:
tú y él os morís por ella,
que se rie de tí y de él.

ERÁUSO.

Déjame que lo deplore
al ménos.

GALINDO.

¡Permita Dios
que esa fiera se enamore
de quien la obligue á que llore
cuanto hoy hace con los dos!
—(Tu rival.

ESCENA V.

DICHOS Y DÁVALOS, *por la izquierda.*

ERÁUSO.

Calla).

GALINDO.

¿Qué ha sido
de vuesa merced? Acá
le dábamos por perdido.

DÁVALOS.

El alférez ha venido
con el almirante...

GALINDO.

Ya.
Pues entónces, desespero
de verte hasta que lejano
vuelva á estar tu compañero
favorito.

DÁVALOS.

Sí, le quiero
como se quiere á un hermano...
Pero aquí, será uno más.

GALINDO.

Luégo nos lo mostrarás:
me has hablado tanto de él,
que deseo verle.

DÁVALOS.

Además,
es paisano de Miguel.

GALINDO.

Paisano tuyo.

(A Eráuso, que permanece retraido y contesta con un leve movimiento de cabeza. Su dura reserva contrastará con la noble franqueza de Dávalos.)

DÁVALOS.

Y soldado
valiente.

GALINDO.

Nada hay que asombre,
si al nuevo Cid ha imitado
Guzman.

ERÁUSO. (Para sí.)

(¿Guzman? Ese nombre
no parece vascongado.)

ESCENA VI.

DICHOS Y, *por la izquierda*, UN CIEGO, *seguido de* CHICOS, MOSTACHO, SOLDADOS, HOMBRES Y MUJERES *del pueblo.*

MÚSICA.

CORO.

¡Jácara, jácara, jácara,
no hay remision!
Tome los cuartos y díganos,
díganos, díganos, díganos
la jácara nueva que ayer prometió.

DÁVALOS.

Embólsate un escudo
y empieza sin tardar.

CIEGO.

¡Esas benditas manos
déme voacé á besar!

CORO. (Santiguándose.)

¡Por cantar, un escudo!
¡Bendito Dios!
Porque calles, lo ménos
va á darte dos.

CIEGO. (Templando.)

La guitarra no tiene
ni cuerdas ya.

CORO.

Una para colgarte,
no faltará.

CIEGO.

(Recitando con cierta canturia, y variando mucho de inflexiones. Música en la orquesta.)

Esta jácara, que há poco
llegó de España en la flota,
aunque está escrita en romance,
no es romance, que es historia
ayer famosa en Guipúzcoa
y hoy en el mundo famosa.

ERÁUSO. (Dándole una moneda.)

Toma, por el recuerdo
de mi país.

CIEGO Y CORO.

No va á ser la colecta
grano de anís.

CIEGO.

En San Sebastian nació (2)
una hembra, desde muy moza,
tan fuerte como un castillo...
y tan terca como todas.
Esperando corregirla,
su padre la metió monja;
pero ella dijo una noche:
«¡Vuelvo!...» y no ha vuelto hasta ahora.
Disfrazando nombre y traje,
vive algun tiempo en Vitoria,
y despacha al otro barrio
á quien le busca camorra.
De repente se ha sabido
que Lucifer en persona

se la ha llevado al infierno
queriéndola por esposa.
Y este romance que digo,
no es romance, que es historia
de Catalina de Eráuso,
por todo el mundo famosa.

ERÁUSO.

(Que, al oir el nombre de su hermana, ha dado un paso atrás y ahogado un grito; adelantándose, sacando la espada y pegando con ella en la guitarra del ciego, que cae hecha trizas. Confusion. Galindo y Dávalos procuran contener á Eráuso; ¡otros acuden al ciego, que no sabe si correr ó estarse quieto.)

¡Mientes, villano, y miente
quien tu calumnia crea!
¡Quien á mi hermana afrente
tan sólo con la idea!

DÁVALOS.

¡Eráuso!

CIEGO.

¿Quién me ampara?

(Corriendo por la escena y repartiendo palos con el báculo.)

CORO.

Su hermano... ¡Já, já, já!

MOSTACHO.

(Recibiendo algunos palos del ciego, que se coge á él defendiéndose con su cuerpo y temiendo ser herido por Eráuso.)

¡Ay!...

ERÁUSO.

¡Esa risa, cara
á alguno costará!

CORO.

(Desapareciendo por el foro derecha con el ciego, que va como en volandas, y seguido de Eráuso, Dávalos y Galindo.)

Su hermano... ¡Já, já, já!

ESCENA VII.

DÁVALOS, GALINDO Y ERÁUSO. *Aquéllos detienen á éste y los tres vuelven al centro de la escena.*

GALINDO.

Cálmate. ¿Quién dará crédito
á un absurdo tan notorio?

ERÁUSO.

Con que el hecho verdad sea
en parte, basta á mi oprobio.

DÁVALOS.

Todo ello es inverosímil.
Se cambia el traje, no el rostro
ni la voz, Miguel amigo.

(Abrazando afectuosamente á Eráuso, que le dice cogiéndole las manos:)

ERÁUSO.

Lope... cese ya el encono
que nos separaba: mientras
en claro mi ultraje pongo,
mi pecho debe ser más
vengativo que amoroso.
Nada he logrado de Elvira,
y si acaso encuentras modo
de ablandar su alma de bronce,
con tu triunfo me conformo.

DÁVALOS. (Agradecido y triste á la vez.)

Gracias... No temo pagarte
en celos.

ERÁUSO. (Dirigiéndose al palacio.)

Adios.

GALINDO.

¿Tan pronto
nos dejas?

ERÁUSO. (Entrándose despues de apretarles las manos.)

Tengo que hacer.

GALINDO. (Cortando una ligera pausa.)

El lance ha sido diabólico.

DÁVALOS.

La desgracia es muy constante.

GALINDO.

¿Qué nos hacemos nosotros?
—¿Vamos á ver las regatas?

DÁVALOS.

Nó... El popular alborozo
me entristece: ya estoy harto
de bullicio y de jolgorio.

GALINDO.

(Mirando al palacio y sonriendo maliciosamente.)

¡Pues!...—Siento solo dejarte,
pero barrunto que estorbo.

DÁVALOS.

Mis penas son tan leales,
que nunca me dejan solo. (Váse Galindo.)

ESCENA VIII.

DÁVALOS: *despues* ELVIRA Y TEGUALDA, *que sale con ella del palacio trayendo un quita-sol de plumas con que cubre á su señora cuando las dos se retiran al concluir la escena X.*

MÚSICA.

¡Pobre corazon mio
que ódio recoges sembrando amor,
cuanto te cerca, impío,
insulta tu dolor.

El mundo entero tiene
risa en los lábios en torno á tí...
¡De él huye el llanto y viene
á refugiarse en mí!

Mi aliento en la pelea
triunfante veces tántas,
hoy en besar se emplea
las huellas de sus plantas;
y cuando al fin el ánimo
postra el rigor cruel,
ruedan cobardes lágrimas
por mi curtida piel.
Ante mi brazo, fuerte
más que la dura malla,
retrocedió la muerte
en la campal batalla...
Y hoy que un amor volcánico
regeneró mi sér,
¡de mis acerbas lágrimas
se burla una mujer!

(En este momento baja Elvira la escalinata.)

DÁVALOS.

¡Elvira! (Agradablemente sorprendido.)

ELVIRA.

Lope... (Contrariada.)
¿Qué haceis aquí?

DÁVALOS.

Lo que mi dueño
manda: sufrir.

ELVIRA. (Dando un paso.)

El cielo os guarde.

DÁVALOS.

¡Qué! ¿Ya os vais?

ELVIRA.

Sí.

DÁVALOS.

Soy, hasta en dichas,
tan infeliz,
que sólo en ellas
alcanzo el fin.

ELVIRA. (Alegremente.)

Ya van á empezar las danzas,
y en la plaza mis amigas
aguardándome estarán.

DÁVALOS.

¿Y no están mis esperanzas
aguardando si mitigas
la amargura de mi afan?
—¡Tú tienes otro amante!

ELVIRA.

¡Vaya un capricho!

DÁVALOS.

Díme que no le tienes.

ELVIRA.

Ya se lo he dicho.

DÁVALOS. (Tranquilizado y bromeando.)

Mi amor te otorga un plazo.
¿Serás mañana mia?
—¿Qué dices?

ELVIRA.

Que mañana...
será otro dia. (Apartándose y riendo.)

ESCENA IX.

DICHOS: GUZMAN, *que con la mano izquierda trae asido de una oreja á* UN INDIO *y con la derecha empuña la espada. El coro de* GENTE DEL PUEBLO *los sigue bulliciosamente, y* UN SOLDADO *lleva del diestro un caballo pequeño y de mala traza, que queda detrás, y la capa del alférez. Despues, llega* GALINDO *con* UN CORREGIDOR Y ALGUACILES. *Todos por la derecha.*

CORO. (Dentro aún.)

¡Vayan los dos presos!

GUZMAN. (Idem.)

¡Vénganme á prender!

ELVIRA. (Asustada.)

¡Qué gritos son esos?

DÁVALOS.

(Resguardándola con su cuerpo. Ambos permanecen á la izquierda y sin ser vistos de Guzman hasta el fin de la escena.)

Nada hay que temer.

GUZMAN. (Saliendo.)

¡Si en cólera monto,
desuello al ladron!

DÁVALOS.

Es Guzman. ¡Qué pronto
movió una cuestion!

GUZMAN.

Y despues que pueda
olvidarme de él,
no dejo en la rueda
ni un tuno con piel.

CORO. (Burlándose.)

¡Ay, qué mozo tan valiente!
¡Ay, qué miedo que nos dá!
¡Ay, de oirle solamente,
ti... ti... ti... ritamos ya!

GUZMAN.

(Dándole un empellon, suelta al indio, que continúa, como él, cercado por el coro.)

¡Quien de mí mofarse intente,
no se esconda y salga acá!

ELVIRA.

El mancebo es imprudente.

TEGUALDA.

De seguro, loco está.

DÁVALOS.

No sospecha aún esta gente
con qué apunte se las há.

CORO.

Nadie abrigaba tal intencion,
y ya tenemos un solo fin:
saber el nombre del campeon
que arma quimera por tal rocin.

GUZMAN.

Juzgo el antojo puesto en razon,
y no hago aprecio del retintin.—
En alas de la fama
vuela mi nombre,
y ella es la que proclama
que soy muy hombre.
Por eso al más tremendo
siempre verán
descubrirse, en oyendo
decir: « Guzman. »
(Tirando los sombreros con la espada á un par de hombres del coro.)

MUJERES.
(Conteniendo á los que se enfadan.)

No hay que reñir;
el chico tiene gracia
y hace reir.

HOMBRES.
(Limpiando los sombreros y algo mohínos.)

No hay que reñir, etc.

GUZMAN.

Cuando yo el suelo mojo, (Escupe.)
tiembla la tierra;
y cuando guiño un ojo,
ya huele á guerra.
Cuando esgrimo el montante
¡zis-zás, zis-zás!
los que están más delante
se hacen atrás.
(Presentándoles la punta de la espada y obligándoles á retroceder.)

CORO.

¡Ojo con él,
que jugando y en broma
toca á la piel!

GUZMAN.

Cuando esgrimo el montante, etc.

CORO.

(Imitando el movimiento y como quien toma la cosa en burlas.)

Cuando esgrime el montante, etc.

HABLADO.

GALINDO.

Aquí está el Corregidor.

CORREGIDOR.

(Con mal modo, á Guzman, que levanta orgullosamente la cabeza.)

¿Qué ha ocurrido, seór soldado?

INDIO.

(Adelantándose y humildemente.)

Yo os lo diré de contado
punto por punto, señor.

ALGUNOS HOMBRES.

¡Que hable!

LAS MUJERES.

¡Callad!

GUZMAN. (Al Corregidor.)

Ved que es mengua
que así ante vos se me irrite;
y, como haya otro que grite,
le voy á arrancar la lengua.

CORREGIDOR.

El primero que resuelle,
á la cárcel.—(Cortesmente.) Ya os escucho,
seór alférez.

GUZMAN.

No hace mucho,
hallábame yo en el muelle
teniendo atado el caballo
á una ceyba allí cercana:
de pronto me dá la gana
de buscarle, y no lo hallo.
Miro y remiro: al fin veo
que, por la esplanada arriba,
puesto en él un indio iba...
sin duda á dar un paseo.

(El coro, y sobre todo las mujeres, celebra de cuando en cuando con sus risas las palabras del alférez.)

Por si, suelto el palafren,
va mal, á servirle acudo;
le alcanzo, y hasta le ayudo
á desmontarse tambien.
Hícelo con tanto celo,
que el pobre llevó un mediano
revolcon: díle la mano;
lo alcé piadoso del suelo;
mostró intencion de escapar;
formé del desaire queja;
lo cogí por una oreja...
y me siguió sin chistar.
—En vuestra justicia fio
y á vuestra opinion me avengo.

CORREGIDOR. (Al Indio.)

¿Qué dices tú?

INDIO.

Yo sostengo,
señor, que el caballo es mio.

GUZMAN.

¡Suyo?

CORREGIDOR.

Callad. (Calmándole.)

INDIO.

Hasta hoy,
por perdido lo lloré...
ó robado; lo encontré
atado á un árbol, y...

GUZMAN.

¡Voy
á descubrir la solapa,
que más que ira dá sonrojos!

(Abriéndose paso por medio del coro, que se forma en dos alas y permite ver el caballo.)

—Dejadme tapar los ojos
al caballo con la capa; (Haciéndolo.)
y, en probanza de que es cierto
lo que afirma, diga el caco
sin titubear: ¿Su jaco
es tuerto? ¿Y de qué ojo es tuerto?

(Movimiento de curiosidad en el pueblo, que se acerca más y es retirado por los alguaciles.)

INDIO.

El jaco...

GUZMAN.

Es potro.

INDIO.

Sí, es potro.
—Del izquierdo. (Mirando al alférez y muy despacio.)

GUZMAN.

¿De cuál?

INDIO. (Rápidamente.)

¡Digo,
del derecho!

GUZMAN.

Pues, amigo,
ni del uno ni del otro. (3)

(Tirando de la capa y mostrando la cabeza del caballo.)

TODOS. (Palmoteando.)

¡ Bien! ¡Vítor!

GUZMAN.

(Cogiendo al Indio por un brazo.)

Óyeme aparte.
—Tú robas: quien se dedica
á un arte, si lo practica,
debe saber bien su arte.

TODOS.

¡ A la cárcel!

GUZMAN.

Hoy va á hacer
que el tuyo sepas, tu estrella;
ve á la cárcel, hijo: en ella
lo acabarás de aprender.

(Váse por la derecha el Corregidor con el coro y el Indio, á quien llevan preso los alguaciles. Guzman dá la capa y habla aparte al soldado que saca el caballo, y se lo lleva por la izquierda.)

ESCENA X.

ELVIRA, DÁVALOS, GUZMAN Y GALINDO. *(Durante la escena anterior, Tegualda ha entrado en el palacio y sacado un búcaro con agua para su señora; vuelve á entrar y no sale hasta despues del cuarteto.)*

ELVIRA. (A Galindo.)

¡ Gran golpe!

DÁVALOS.

(Abrazando á Guzman, que le alargaba la mano.)

Nó, no prescindo
de un abrazo. ¡Bien lo has hecho!

GALINDO.

Yo reclamo igual derecho.

DÁVALOS. (Presentándole.)

El capitan Luis Galindo.

GALINDO.

Franca mi amistad os brindo,
que os he cobrado aficion.

GUZMAN.

Pobres mis recursos son:
no os pago; pero tomad,
á cuenta de esa amistad,
los brazos y el corazon.

GALINDO.

Ya me pagais con usura.

DÁVALOS.

Diego, ven conmigo ahora;
y permitid vos, señora,
que el ingenio y la bravura
se premien con la ventura
de miraros.

ELVIRA.

(Es galan.)

GUZMAN.

(Es hermosa.) Con afan
gozo la dicha de veros.

DÁVALOS.

El alférez de piqueros
Diego Perez de Guzman.—
Cansada de ser crüel,
mi suerte me dió un amigo
leal; sus hechos no digo:
dígalos la fama fiel.

GUZMAN.

Si algun mérito hay en él,
será, sin duda ninguna,
el que la amistad le una
contigo, que tánto vales...
Ni ése, que no son iguales
el mérito y la fortuna.

ELVIRA.

Grande es la amistad que os liga.

GUZMAN.

Imposible ya de aumento,
y el único sentimiento
dulce que mi pecho abriga.
La fatalidad me obliga
á dar muestras por doquiera
de mi índole ruda y fiera,
pronta al mal como al bien tarda...
y para Lope se guarda
toda mi ternura entera.
Pensando me vuelvo loco
con qué cariño le amo,
porque, si amistad le llamo,
pienso que le llamo poco.
¿Amor de hermano? Tampoco.
Lope es áun más para mí,
y hace tiempo desistí
de saber qué nombre tiene
un afecto que contiene
todos los demás en sí.
Su apoyo firme y constante,
su virtud, su bizarría,
fueron el norte y la guía
del niño infeliz y errante.
Por eso, del Cid delante,
la fiera es manso lebrel,
su laurel es mi laurel,
á su bien mi bien inmolo,
y si amo la vida... es sólo
porque se la debo á él!
(Despues de una breve pausa.)
De Valdivia en la jornada,
vió por una vez nublada
nuestro pabellon su gloria...
—Sin duda iba ya cansada
de seguirle, la victoria.

DÁVALOS.

Diego, no...

GUZMAN.

Déjame hablar. —
Es el héroe de este azar
cierto soldado novicio,
en el primer ejercicio
de su vida militar.
Llevábanse la bandera,
la fama del regimiento;
lanzó el potro á la carrera;
volvió (¡si nó, no volviera!)
tremolándola en el viento.
¡Aciago alarde! Un flechazo
humilla el erguido brazo,
la diestra el rendal afloja,
el potro salta un ribazo
y al suelo el jinete arroja.
Ven los indios tal rigor,
y con bárbaro clamor
contra él la turba arremete...
Ya iba á perder el jinete
la existencia y el honor,
cuando, blandiendo la lanza,
puesto en un caballo blanco,
léjos... como una esperanza...
mira un guerrero que avanza
á sacarle del barranco.
Grita el herido en su anhelo,
corre él más, salva de un brinco
el estorbo, y... ¡Vive el cielo!
Cinco indios erán: ¡los cinco
ensangrentaron el suelo!
— Ya os preguntais con afan
quién era el bravo adalid
que salvó al triste Guzman...
En el Perú, no le dan
más nombre que «El nuevo Cid.»

(Señalando con orgullo á Dávalos, que baja modestamente la cabeza y luégo dice:)

DÁVALOS.

¡Vulgar acontecimiento!
— Un capitan se veia,

casi perdido el aliento,
dentro de un tambo que ardía
azotado por el viento.
Moverse allí, era hostigar
la fiereza de la suerte:
entrar... ¿quién se atreve á entrar
si no está de humor de andar
brazo á brazo con la muerte?
Un mozo que logra altivo
hacerla admitir conciertos,
y le arranca su cautivo
trocando un muerto y un vivo
por dos hombres medio muertos.
—Ya os preguntais con afan
el nombre...

ELVIRA.

¡Sí!

DÁVALOS.

¡Voto á San!
¿No lo adivinais?

ELVIRA.

Decid...

DÁVALOS.

El uno era...

ELVIRA.

El nuevo Cid;
y el que le salvó...

DÁVALOS.

¡Guzman!

MÚSICA.

ELVIRA.

(¡Era él! La duda acaba.
Inquieta el alma mia,
tánto lo deseaba
que hasta esperar temía.) (Para sí.)

DÁVALOS. (Aparte á Elvira.)

¡Era él! A su bravura,
á su alma grande y fuerte,
les debo mi ventura:
¡vivir para quererte!

GALINDO. (Que está junto á Guzman.)

¿Érais vos!

GUZMAN.

¿Y hay acaso
algo qué asombre aquí?
Cualquiera, en igual caso,
se condujera así.

DÁVALOS.

Falto ya del vigor y del brio
cuyo temple cien lides probaron,
en la tierra cayó el cuerpo mio
y mis ojos al cielo se alzaron.
El cristiano, á morir como bueno
se dispuso con gozo y con calma;
el soldado, aunque triste, sereno,
á trocar el laurel por la palma.
De pronto, altivo Diego
delante se aparece;
de la virtud al fuego
su vista resplandece
con arrogancia doble
qué el que halla en derredor.
Su cabellera errante
la llama enciende y quema,
y dá á su sien radiante
espléndida diadema,
haciendo de él la noble
imágen del valor.

GUZMAN.

(Dicen que el bueno toma
la adulacion á agravio,
y hoy pertinaz se asoma,
oyéndola, á mi labio

la risa desterrada
de allí por el dolor.
Se mira con delicia
mi espíritu en prisiones,
y siento que acaricia
su voz mis ilusiones,
que de su tumba helada
se alzan con nuevo ardor.)

ELVIRA.

La accion es sorprendente
y, al par que heróica, bella...
(Y el talle del valiente,
tan bueno como ella.
Nunca soñó el deseo
galan más seductor.
Amantes que reuno,
me dais lástima y risa:
no mereceis ninguno
besar en donde él pisa...
Lope, á su lado, es feo
y Eráuso no es mejor.)

GALINDO.

(No puedo poner coto
á una aprension traidora:
paréceme que noto
á la que Lope adora,
mirar poco serena
de Lope al salvador.
Enamorado ciego
librado de las llamas,
quien te arrancó del fuego,
la prenda que más amas
á perecer condena
al fuego del amor.)

HABLADO.

ELVIRA.

Yo lo habia adivinado.

DÁVALOS.

Acaso mi labio rudo
y torpe, expresar no pudo
bien...

ELVIRA. (Mirando benévolamente á Guzman.)

Bien lo habeis expresado.

DÁVALOS.

En mi vida de soldado,
en que siempre he satisfecho
mi deber, habrá algun hecho
notable... Los trocaria
todos por ese.

ELVIRA. (Con ironía imperceptible.)

Y seria
con muchísimo provecho.
—Y adios, que me voy; ya es tarde.
Espero volver á ver
á vuestro amigo, y hacer
de que soy su amiga alarde.

GUZMAN.

Sí, como no le acobarde
el bien fundado temor
de cegar al resplandor
de las luces de esa frente.

ELVIRA.

¡Nó, nó! Vos sois muy valiente...

(Retirándose y en voz baja, de modo que sólo lo oiga el alférez, pero con naturalidad.)

¿Para cuándo es el valor?

GUZMAN.

(¡Hola!...)

ELVIRA. (A Dávalos, que se adelanta á acompañarla.)

¿Dónde vais?

DÁVALOS.

Queria...
el camino despejaros.

ELVIRA.

Y yo no quiero privaros
de tan buena compañía.

DÁVALOS. (Aparte á ella.)

(Hemos quedado, alma mia,
en que no hay otro galan...

ELVIRA.

¡Esa duda es un desman!)

(Irritada, volviéndole bruscamente la espalda y mirando á don Diego que habla con Galindo, al salir ella de escena por el fondo derecha.)

— Algo me falta en el pecho...
¿Quién ha entrado en él? Sospecho
que es el alférez Guzman.

ESCENA XI.

DÁVALOS, GUZMAN y GALINDO.

GUZMAN.

(¡Qué miradas! Juraria
que he hecho una conquista... (Riendo.) ¡Diantre!)

DÁVALOS.

(Cuando mis celos la ofenden,
algo debo interesarle.)

GALINDO.

(¡Pobre Lope!)

GUZMAN. (A Dávalos.)

¿Quién es esta
dama de tan lindo talle?

DÁVALOS.

La hija del Gobernador. (Aparte.)
(Ya te contaré más tarde,
cuando estemos solos, cosas
que deben ahora callarse.)

GUZMAN.

(Quiere decirme, sin duda,
que la niña es algo fácil...
Advertencia innecesaria;
se le conoce en el aire.)

GALINDO.

¿Os agrada doña Elvira,
alférez?

GUZMAN. (Con indiferencia.)

¡Pché!

DÁVALOS.

No le hables
de mujeres á Guzman.
No hay ninguna que le agrade:
para él, todas son lo mismo.

GALINDO.

Y esa aversion ¿de qué nace?

GUZMAN.

De que... las conozco bien
y sé lo poco que valen.

GALINDO.

Sorprenden en un mancebo
ideas tan singulares.
A mí, el hombre que no ama,
ni hombre me parece casi.

GUZMAN.

Señor don Luis... con la vida
se modifica el carácter,
y mi vida nunca ha sido
para formármelo suave.

En los años de la infancia
me violentaron mis padres,
y llegué á cumplir los quince
en un convento... de frailes.
Huyendo una profesion
á que no pude prestarme,
porque el que ama á Dios no miente
y le sirve en todas partes,
huí del convento y viví
perseguido y miserable
hasta que, sentando plaza,
aquí mi deber me echase.
Quien á su madre no amó,
¿qué mujer quereis que ame?
La querida del soldado
es esta espada que blande,
y si ama al rey y á su patria
ya tiene amores bastantes.
El que anda siempre entre hembras,
ó se afemina ó se abate...
Nunca he imaginado á Lope,
—que consigue que le llamen
el nuevo Cid por sus hechos,—
dando suspiros en balde
por quien se burla tal vez
de quien no se burló nadie.

GALINDO.

(Y, en parte, tiene razon.)

DÁVALOS.

(No ve el daño que me hace.)

ESCENA XII.

DICHOS Y ERÁUSO, *que sale del palacio.*

ERÁUSO.

Rivera te necesita,
Lope. (Dávalos entra en el palacio.)

GALINDO. (A Eráuso.)

Voy á presentarte
á tu paisano Guzman.

GUZMAN. (Intranquilo.)

(¿Paisano?...)

GALINDO.

Mozo notable.

(El Alférez y Miguel se dan las manos.)

(A Guzman.) Éste es don Miguel de Eráuso,
espejo de capitanes.

GUZMAN. (Retrocediendo.)

(¡Mi hermano!...)

ERÁUSO.

¿Por qué se cubre
de rubor vuestro semblante?

GUZMAN.

(¿Él aquí!...)

ERÁUSO.

¿Por qué soltais
la mano que me estrechábais?

GUZMAN.

(Trato de huir... y sus brazos
son para mí dos imanes.)

GALINDO.

(¿Qué es esto?...)

GUZMAN.

(¡Valor! No puede
conocerme.)

ERÁUSO. (Con amargura y exaltacion.)

¡Ah, sí! ¡Ya cae
la venda que los cubria

de mis ojos, ciegos ántes!
¡Todo lo comprendo, todo!

GUZMAN.

(¡Dios mio!...)

ERÁUSO.

¡Vos sois...

GUZMAN.

(¡Prestadme
fuerzas!)

ERÁUSO.

Vos sois un testigo
de la ofensa hecha á mi sangre;
vos conoceis mi deshonra,
venís de noble linaje...
¡y, miedoso de mancharos,
no os atreveis ni á tocarme!

GUZMAN.

(¡Ah!...) (Aparte y respirando libremente.)

GALINDO.

¡Miguel...

ERÁUSO.

Jóven, callad
lo que sabeis: si lo sabe
alguno, de vuestra boca,
vuestra muerte es indudable.

GUZMAN.

Capitan... vivid tranquilo:
por mí, no lo sabrá nadie.

ERÁUSO.

[Cuando yo escucharlos pueda,
me referireis detalles
del caso... ¿Conoceis muchos?

GUZMAN.

No dejan de ser bastantes.

GALINDO.

¡Eh! Más vale que mañana
hableis de eso.

GUZMAN.

Sí... Más vale.]

ERÁUSO.

Dadme un abrazo.

GUZMAN. (Haciéndolo con efusion y repetidas veces.)

(¡Ay!... Al fin
he conseguido abrazarle!)

GALINDO.

(Aquí hay un misterio: yo
procuraré que se aclare.)

ESCENA XIII.

DICHOS; RIVERA Y DÁVALOS, *que salen del palacio hablando entre sí.*

RIVERA.

Mucho celebro que esteis
de acuerdo con mi dictámen.

GALINDO. (A Guzman, que se descubre.)

(Rivera.)

RIVERA.

El pueblo anhelaba
ver á Mendoza y probarle
su gratitud. Considero
un deber inexcusable
que le acompañemos todos
desde el muelle á su hospedaje.

GALINDO.

Es muy justo.

RIVERA.

Vamos, pues,

ERÁUSO. (A Guzman.)

Dios os guarde.

GUZMAN.

(Despues de haber saludado, y viéndolos alejarse por el fondo.)

—¡Dios me guarde!

ESCENA XIV.

GUZMAN.

Sí; si su apoyo divino
hoy el cielo no me dá,
el cansado peregrino
se siente sin fuerzas ya
para seguir su camino.—
¿Debo decir á mi hermano
la verdad? Yo no me allano
á otro yugo, y, de ese modo,
puedo bien perderlo todo
y de fijo nada gano.
¿Demandar su proteccion
á Lope... Él es mi esperanza...
Mas, no sé por qué razon,
hacerle tal confianza
repugna á mi corazon.
Lope me va á despreciar...
—¡Nó! ¡Nunca!—Aquí es menester
dominarse, y procurar
que no puedan sospechar
siquiera que soy mujer.
Algo, sin duda, en mi vida
la atencion al mundo llama...
Hay que jugar sin medida;
hay que beber... y, en seguida,
hay que buscarse una dama.
—Una dama...
(Sonriendo y formalizándose inmediatamente.)
Sí; cualquiera.
Doña Elvira, su favor

me mostró de una manera
indudable, y... si no fuera
la hija del Gobernador...
Verdad es que esa conquista
puede ser de todos vista;
que el padre dará al asunto
un corte...—Desde este punto,
voy á ponerme en la pista.
Que es fácil, Lope lo daba
á entender cuando callaba,
y ella ver claro lo deja.
Yo haré que luégo su esclava
la haga asomarse á la reja.—
¡Catalina, cobra aliento!
Diego Guzman es mi nombre;
vicios adquirir intento
y fingir lo que no siento...
—¿Quién dudará que soy hombre?
(Váse por la derecha.)

ESCENA XV.

A los primeros acordes de la orquesta, comienza á llenarse el teatro de GENTE DEL PUEBLO *que aparece por diferentes sitios. Los hombres se abren paso repartiendo codazos á diestro y siniestro; varias mujeres llevan de la mano niños de corta edad y alguna uno de pecho en los brazos. Al propio tiempo, se coronan de* DAMAS Y CABALLEROS *las ventanas y miradores. Por el fondo, derecha, sale, rompiendo la marcha y abriendo paso, una comparsa de* BAILARINES *indios, unos en traje guerrero, con espada y broquel, otros disfrazados con pieles de fieras, que ejecutan una danza característica avanzando hácia el proscenio y retirándose por la izquierda. Precedida de un cuerpo de* MOSQUETEROS, *mandado por Dávalos, de los* MACEROS *de la villa,* FRAILES *de distintas órdenes,* REGIDORES, TOGADOS *y un grupo de* ARTESANOS *con estandartes gremiales, aparece una lujosa litera, conducida por cuatro* INDIOS *cubiertos de ramaje, donde irá el almirante* DON RODRIGO DE MENDOZA *saludando á todos. Apénas llega al centro de la escena, ésta se alfombra de flores y coronas que arrojan desde todas partes, y cierran la comitiva las músicas militares y una seccion de* PIQUEROS *mandada por Guzman, á caballo. El pueblo muestra en su inquietud y algazara, en la efusion de sus vítores y el contínuo agitar de pañuelos y sombreros, la alegría de que se siente poseido.*

HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO.

¡Viva! Viva! ¡Viva!! ¡Viva!!!
Aquí está la procesion.

MUJERES.

Quien mejor va á verlo todo,
voy á ser yo.

HOMBRES.

¡Nó! ¡Nó!
que voy á ser yo.

HOMBRES Y MUJERES.

¡Nó! ¡Nó!
que voy á ser yo!

UNA VIEJA.

¡Yo me sofoco!

UN VIEJO.

¡Yo me mareo!

UN CHIQUILLO.

¡Súbame, madre,
que no le veo!

UN MOZO.

¡Hacerse á un lado!

OTRO.

¡Echarse atrás!

UNA MOZA.

¡Las manos quietas!

VARIOS.

¡No *rempujar*!

UNA VOZ.

¡Viva Mendoza!

TODOS.

¡Viva!

DAMAS, CABALLEROS Y PUEBLO.

Nuestro aplauso sincero reciba,
nuestras almas fundidas en él,
al plantar la pacífica oliva
á la sombra del noble laurel.

—

Gloria al hijo preclaro de España,
del rebelde flamenco terror,
que á más grande y difícil hazaña
hoy apresta su heróico valor.

(Se repite el himno con banda y á toda orquesta, y cae el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Una calle prolongada hácia el foro. — A la izquierda, una hostería con soportal y toldo, debajo del cual habrá un par de mesas, y sillas.— A la derecha, el palacio del Gobernador visto por distinta fachada que en el primer acto y con puerta y reja practicables. — Ésta, colocada en el chaflan de la esquina y muy próxima al proscenio, debe ser grande y baja. — Boca-calle en segundo término. — Las casas y una iglesia cuya portada se descubre en el fondo, caprichosamente iluminadas con farolillos de colores.

ESCENA I.

EL SARGENTO CARRANZA, *sentado en un poyo á la puerta de la hostería, canta acompañándose con una guitarra;* MOSTACHO *dormita acurrucado detrás de él, y varios* SOLDADOS, MARINEROS, GRUMETES, HOMBRES Y MUJERES DEL PUEBLO *le rodean.*

MÚSICA.

CARRANZA.

«Dicen que no se siente
la despedida;
díle á quien te lo ha dicho,
que se despida.»

CORO.

De la dulce manchega
bien haya el són;
más que al oido, llega
al corazon.

— ¿No hay quien eche otra copla?
¡Vaya por Dios!

CARRANZA.

Aquí está mi sobrino.

MOSTACHO.

(Restregándose los ojos y bostezando.)

Cierto; aquí estoy.

CORO.

Pues cante el gran Mostacho.

MOSTACHO.

¿Que cante yo?...
No quiero que se alarme
la poblacion.

CARRANZA.

(¡Canta, ó te rompo el alma!)

CORO.

Cante ucé.

MOSTACHO.

¡Oh!...
Cantaré, por dar gusto
á la reunion.

CARRANZA.

Tiene en su oido
una cucaña.

MOSTACHO.

(Al suyo sopla
siempre Luzbel.)

CARRANZA.

Como ha corrido
por toda España,
no hay una copla
que ignore él.

CORO.

La noticia es halagüeña
y promete diversion:
una alegre malagueña
dé principio á la funcion.

CARRANZA.

(¡Como tropiece
tu lengua...)

MOSTACHO.

(¡Malo!
Ya me parece
que me resbalo.
¡Ay qué risueña
contemplacion!)

CORO.

Una alegre malagueña
dé principio á la funcion.
¡Atencion!

MOSTACHO.

(Cantando siempre con mala voz, aturdiéndose y trabucándose: el Sargento le pega un pellizco á cada tropezon.)

Tu cariño es como el toro...
Tu cariño es como el toro...

CARRANZA.

(¡Sobrino!)

MOSTACHO.

(¡Ay de mí!)

MARINEROS.

Eso no es así, compadre;
¡eso no es así!

CARRANZA.

Lo que enamora
más en su pico,
recuerdo ahora
que es el zortzico.
Nadie le vence;
como él no hay tres.

CORO.

¿Y habla el vascuence?

MOSTACHO.

Como el inglés.
Donostïaco... Donostïaco...
Donostïa...

CARRANZA.

(¡Sobrino!)

MOSTACHO.

(¡Ay de mí!)

GRUMETES. (4)

Eso no es así, amiguito,
eso es así:
Donostïaco gaztelúpeco
sagardúaren gozuá,
josten ere badaquite baña
ardua eraten obequí.
Crísquitin, crósquitin,
arrosa crávelin,
ardua eraten obequí.

HABLADO.

TODOS.

¡Muy bien!

CARRANZA.

(¡Y aguantas...

MOSTACHO.

Aguanto.

CARRANZA.

Yo te arreglaré despues.)

TODOS.

¡Já, já!...

MOSTACHO.

Señores... esta es
la primera vez que canto...

SOLDADO 1.°

¿La primera?

SOLDADO 2.° (Al Sargento, con mucha sorna.)

¿Habla formal?

SOLDADO 1.°

¡Hombre! Nadie lo dijera.

SOLDADO 2.°

Pues, para ser la primera,
lo has hecho bastante mal.

TODOS.

¡Já, já!...

CARRANZA.

Vamos poco á poco.
Mostacho no estará hecho
á cantar; pero sospecho
que á que le insulten, tampoco.

MOSTACHO.

(Sí, tio... y á mucho más.)
Yo sé sufrir una injuria...

CARRANZA.

(¡Calla!) Como monte en furia,
es el mismo Barrabás.

MOSTACHO.

Todo eso es ponderacion
de mi tio.

CARRANZA.

Aunque os responde
así, esa risita esconde
la fiereza de un leon.
Con esa facha de estulto,
enardece al que le insulta:
así su valor oculta...

MOSTACHO.

(Sí, lo tengo muy oculto.)

CARRANZA.

Pero si algo contra él fragua
cualquiera, atrevido ó romo,
éste mata un hombre, como
quien se bebe un vaso de agua.
Y llega hasta el heroismo,
y aunque venga lo que venga...

MOSTACHO.

(Mi tio va á hacer que tenga
yo miedo hasta de mí mismo.)

SOLDADO 2.°

Pues su rostro no revela
el valor que os envanece...
(Se oye sonar un arpa dentro del palacio.)
—¿Qué es eso?

SÓLDADO 1.°

Un arpa, y parece
sonar en aquella reja.

MOSTACHO.

¿Quién vive ahí?

SOLDADO 1.°

Ese porton
dá de Rivera al palacio.

MOSTACHO.

¡No toman poco despacio
la templadura!

CARRANZA.

¡Chiton!

ESCENA II.

DICHOS; ELVIRA Y ESCLAVAS, *que cantan dentro, y* TEGUALDA *que se asoma luégo á la reja.*

MÚSICA.

ELVIRA.

Bañábame yo en el rio, (5)
el rio de Bío-bío:
Piraguamonte, piragua,
jerizarizágua;
Bío, Bío,
que mi tambo lo tengo en el rio.

ESCLAVAS.

Piraguamonte, piragua, etc.

HABLADO.

SOLDADO 1.° (Agolpándose á la reja con los demás.)

¡Muestra ese rostro divino,
prenda!

CARRANZA. (Apartándolos.)

Señores, entienda
cada uno que esa prenda
es prenda de mi sobrino.

SOLDADO 1.°

¿Cómo!

MOSTACHO.

¿Mia!...

CARRANZA.

Y el que toque
á una piedra de ese muro,
se encontrará de seguro
con la punta de su estoque.

MOSTACHO.

(¡Pero qué intenta ucé, tio?

CARRANZA.

Que hagas al fin lo que debes,
y que, á toda costa, pruebes
lo que es un sobrino mio.)

SOLDADO 1.°

Una vez que el caso obliga,
riñamos... (Poniendo mano á la espada.)

MOSTACHO.

Nó... ¿Para qué?
Nó.

SOLDADO 1.°

Y á quien Dios se la dé,
San Pedro se la bendiga.

MOSTACHO.

Yo renuncio, desde aquí,
á las gracias y favores
de mi amada.

TEGUALDA. (Presentándose con una luz que le dá en la cara.)

Alto, señores:
no haya pendencia por mí.

SOLDADO 2.°

¿Ésta es la novia?

SOLDADO 1.°

Ab-renuncio.

TODOS.

¡Já, já, já!...
(Con grande algazara: Tegualda se retira y cierra.)

SOLDADO 2.°

¡Chasco pesado!

SOLDADO 1.°

Yo renuncio al proyectado
duelo.

MOSTACHO.

¡Pues yo no renuncio!

(Tirando de la espada, que sale de la vaina con gran dificultad, y poniéndose en guardia.)

¡Ya no hay quien reñir me estorbe!

CARRANZA.

¡Bien, hijo! (Abrazándole entusiasmado.)

SOLDADO 1.° (Atónito.)

¡Y armas querella
por...

MOSTACHO.

¡Por no cargar con ella,
reñiré con todo el orbe!

CARRANZA.

(Con lo hecho basta, sobrino.

MOSTACHO.

Bien.)

(Con aire de conformidad y envainando instantáneamente.)

SOLDADO 1.°

Yo no esquivo un encuentro.

MOSTACHO.

Mi tio...

CARRANZA.

Pasad ahí dentro
y bebed: yo pago el vino.

(Entra el coro en la hosteria.)

ESCENA III.

CARRANZA Y MOSTACHO.

MOSTACHO.

¡Eh! ¿qué tal? (Pavoneándose.)

CARRANZA.

Mis esperanzas
colma la suerte benigna:
eres una rama digna
del tronco de los Carranzas,
y tu valor te va á dar
bandas, cruces...
(Señalando la cicatriz que tiene en la cara.)
como ésta;
que esta cruz es la que presta
mayor honra al militar.
No han de faltarte ocasiones.

MOSTACHO.

(No las buscaré.)

CARRANZA.

Descuida.
Nuestra vida, cierto, es vida
de angustias y privaciones.
Hay que estar siempre ojo alerta;
la comida es infernal...
cuando la hay; se duerme mal,
y á veces no se despierta...
Pero en fin...

MOSTACHO.

Sí, esos reveses
son fáciles de vencer:
yo me estuve sin comer,
en una ocasion, seis meses.

CARRANZA.

¿Seis!

MOSTACHO.

Sí, tio.

CARRANZA.

Esa, á tu tia.

MOSTACHO.

Y nunca me desmayaba...

—Verdad es que merendaba
ocho ó diez veces al dia.
Cuando el hambre no me acosa,
con poco estoy satisfecho...
Eso sí, dejar el lecho
al salir el sol, es cosa
que los nervios me exaspera,
que enciende mi sangre hidalga...

(A una mirada del Sargento.)

y que haré... cuando el sol salga
al medio dia siquiera.
Pereza más contumaz
si el clarin suena.

CARRANZA.

El guerrero
vive en la guerra.

MOSTACHO.

Sí, pero
áun vive más en la paz.

CARRANZA.

Entre los nuestros no hay malos
soldados, y si el valor
llega á faltarte, el menor
castigo será cien palos.
En este punto no cedo
porque eres sobrino mio.

MOSTACHO.

(¿A que va á hacerme mi tio
valiente... por puro miedo?)

ESCENA IV.

DICHOS Y GUZMAN, *por la derecha.*

CARRANZA.

(Veremos si así se anima:
un clavo saca otro clavo...)

GUZMAN.

¡Mostacho!

MOSTACHO.

Señor.

GUZMAN.

¡Al cabo
te echo los ojos encima,
tunante! (Yendo hácia él.)

MOSTACHO.

(Me descalabra,
no hay más.) (El alférez le coge por un brazo.)
Señor, no se irrite,
que hace calor.

CARRANZA.

¿Me permite
pronunciar una palabra
el alférez, en defensa...

GUZMAN.

¿En defensa de este indino?

CARRANZA.

Seór alférez, mi sobrino
merece más recompensa
que castigo, porque quien
del honor oye el reclamo...

MOSTACHO.

(¡Tio, por Dios, que este es mi amo
y me conoce muy bien!)

GUZMAN.

Hablad... ¿Qué hazaña se cuenta
de este Cid de nuevo cuño?

MOSTACHO.

Tio...

CARRANZA.

Meter en un puño
nada ménos que á cuarenta.

GUZMAN.

¿Desafío?

CARRANZA.

No aceptado,
al ver el riesgo que ofrece
con tal hombre.

GUZMAN.

Bien parece
el valor en un soldado;
pero, aunque parezca bien,
júrote por vida mia
que otra vez la gallardía
te valdrá cien palos.

MOSTACHO.

¡Cien!...
(Mándanme buenos regalos
mi señor y mi pariente:
ni cobarde ni valiente,
me libro de los cien palos.)

GUZMAN.

¿Sabes la ley del virey?
«Al soldado que se bata
cuando hay guerra, se le mata.»

MOSTACHO. (Sonriéndose con tranquilidad.)

No habla conmigo la ley.

GUZMAN. (A Carranza.)

Dejadnos. (Carranza saluda y entra en la hostería.)

ESCENA V.

GUZMAN Y MOSTACHO. *Éste dá dos pasos atrás al quedar solo con el alférez.*

GUZMAN.

¿Tú tan inquieto?
¿Dónde estaba tu valor,
que nunca lo ví?

MOSTACHO.

Señor,
yo le tenia secreto
desde que era muy muchacho.

GUZMAN.

A creerlo no me acomodo.
¡Valiente quien para apodo
y burla gasta mostacho!

MOSTACHO.

Dice el dean de Toledo,
hombre de experiencia y chiste,
que el valor sólo consiste
en disimular el miedo.
Va afeitado (él no halla justo
que use barba un sacerdote),
y cuando habla del bigote
le apellida el tapa-susto.
Son unos mostachos fieros
como pistolas colgadas
del cinto, que, áun descargadas,
espantan á los rateros.

GUZMAN.

A los rateros no más
y á gente débil y floja...
—Pero doblemos la hoja,
y á otra materia. Sabrás
que tengo una dama.

MOSTACHO.

¡Sí?...

GUZMAN. (Frunciendo las cejas.)

¿Te asombra?...

MOSTACHO.

Me satisface...
Pero... ¿cómo, si no hace
seis horas que estais aquí?

GUZMAN.

Comprando con un doblon
la esclava.

MOSTACHO.

Y ¿saldrá á la reja
su señora?

GUZMAN.

Si oir se deja
en la calle una cancion.
¿Qué debo hacer?

MOSTACHO.

Esperarla,
y copla dále que dále
hasta que salga; que sale...
charla, pero mucha charla.
Mucha protesta de amor
que abrasa y consume el seno;
lo cree la dama: bueno;
ve que es mentira: ¡mejor!
Otorga: serenidad;
desprecia: haced que no os duele;
que todo en vos la revele
vuestra superioridad.
Buena ó mala, amable ó fosca,
la mujer es como el niño:
trata al perro con cariño,
y martiriza á la mosca.

GUZMAN.

Reparo que estás más ducho
en esas, que en las marciales
lides.

MOSTACHO.

¡Ay! En lides tales,
¿quién sabe poco ni mucho? —
Satisfecho Dios al ver
el mundo acabado, dijo:
«Voy á hacer un acertijo...»
y dió vida á la mujer.
Acertijo que el bolonio
y el sabio entender pretenden;
acertijo que no entienden
ni ellos ni el mismo demonio.
Sobre esto hay un guirigay
de conclusiones famosas;
hay doctores en mil cosas...
En mujeres, no los hay.
Yo os diré lo que he aprendido.
Sed con todas temerario:
la mujer es un contrario
que gusta de ser vencido.
¿Es soltera? ¡Huid á siete
mil leguas, pronto! En Tortosa
dijo un preso que es la esposa
mucho peor que el grillete.
Frase, como de villano,
pero de verdad eterna:
el grillete, ata la pierna;
la esposa... coge la mano.
¿Casada? Considerad
que, á más de expuesto el capricho,
hacer de un prójimo un bicho
es una inhumanidad.
¿Viuda? ¡A ella! Aquí no hay dudas.
Yo, en mi vida aventurera,
siempre por cada soltera
he conquistado diez viudas.
¿Es rubia, tipo ideal
de suspirito, y sollozo,

y síncope... Ante un buen mozo,
vuelve á la vida real.
¿Morena? ¡Vírgen María!
Tan sólo sé de una buena,
mi alférez, y esa morena...
no ha nacido todavía.
¿Es fuerte como un muchacho,
decidida y valerosa?
Poned piés en polvorosa,
que es terrible un marimacho.
¿Rica? Vamos de ella en pos,
que el oro á todo se aplica.
Las ricas son cosa rica...
¿Es pobre? ¡Pobre de vos!
No tendrá ménos reparos
con vuestra bolsa un ratero,
ni hallareis un camarero
mejor... para desnudaros.
¿Es grande? Serán estacas
sus piernas. ¿Chica? Atambores.
¿Gorda? Os costará sudores.
¿Flaca? ¡Pché! Todas son flacas.
¿Andaluza? ¡Adios chaveta!
(Imitando en estos cuatro versos el acento de los respectivos paises.)
¿Catalana? ¡Un pino de oro!
¿Aragonesa? ¡Un tesoro!
¿De Madrid... ¡Uy, qué veleta!
Pero, viuda ó solterona,
gorda ó flaca, grande ó chica,
fuerte ó débil, pobre ó rica,
de Cádiz, de Barcelona,
de Lugo, blanca ó morena,
mi amor todas las iguala:
¡qué cosa buena... tan mala!
¡qué cosa mala... tan buena!
¿Quién las puede despreciar?
¿Quién las puede resistir?
Con ellas ¿cómo vivir?
Sin ellas ¿cómo pasar?

GUZMAN.

Ocupa este hueco (El que hay detrás de la reja.) y trata

de sacarme de cualquier
apuro, si es menester.

MOSTACHO.

Comience la serenata.

GUZMAN.

Aquel mozo de Vitoria,
tan firme en su galanteo,
cantaba una...—Sí, creo
que me la sé de memoria.

MÚSICA.

(Con mucho fuego.)

¿Es posible, dueño hermoso,
que descanses en el lecho,
sin que turben tu reposo
los suspiros de mi pecho?
¿Y he de pensar
que no comprendes mi pasion?
¡Yo no he podido amar
á una mujer sin corazon!

(Variando repentínamente de tono, y para sí.)

(¡Já, já, já, já!...
¿Si lo creerá?
¿Si al verme así,
mi dulce bien
hará tambien
¡já, já, já, já!
Puede que sí.
Por sí ó por nó,
lo que ella hará
lo haré ántes yo.
¡Já, já, já, já!
¡Já, já, já, já!)

Siempre halló tu pecho duro,
quien con lágrimas te implora,
y hay un eco en ese muro
que llorar me escucha, y llora.

Tánto dolor
¿no hace sentir á esa mujer?
¡Sabe inspirar amor,
y no lo sabe comprender!
(¡Já, já, já, já!
¿Si lo creerá?... etc.)

ESCENA VI.

DICHOS Y ELVIRA, *que ha salido á la reja un momento ántes.*

ELVIRA.

Alférez Guzman.

GUZMAN.

¡Señora!

ELVIRA.

¿Vos aquí!... ¿Qué haceis?

GUZMAN.

Hacía
tiempo, en la tiniebla umbría,
á que saliese la aurora.

MOSTACHO.

(Requiebros á troche y moche.)

ELVIRA. (Riendo.)

Planton os valdrá el capricho.

GUZMAN.

Nó; en esta calle, me han dicho
que despunta á media noche...
y al veros, por conclusion,
infalible lo proclamo.

ELVIRA.

¿Qué decís?

GUZMAN.

Digo... ¡que os amo
con todo mi corazon!

ELVIRA.

¡Guzman!

MOSTACHO.

(Soberbio va así.)

GUZMAN.

¿Dudais lo que os aseguro?

MOSTACHO.

(Las manos.) (Guzman coge las manos á Elvira.)

ELVIRA.

¡Me voy! (Pugnando por desasirse.)

GUZMAN.

Yo os juro
que no os movereis de aquí.

MOSTACHO.

(Soltadla, que ese es el modo
de afirmar tales cadenas.)

GUZMAN.

Idos; ya os suelto.

ELVIRA. (Sin moverse, y abandonando luégo las manos á Guzman.)

Por buenas,
de mí se consigue todo.

GUZMAN.

(¡Ah perra!)

MOSTACHO.

(¿Qué tal?...)

ELVIRA.

Señor,
perdonadme si me admiro:

hoy me veis, ¿y hoy os inspiro
tan descompasado amor?

MOSTACHO.

(Mentid, que la niña es diestra.)

GUZMAN.

(Bien.) ¿Qué escucho! ¿Mi porfía
no ha alcanzado todavía
ni... ni una mirada vuestra!
Yo os amo con frenesí
hace dos años.

ELVIRA.

¿Dos?

GUZMAN.

Dos.
(Tres pude haber dicho.) ¡Y vos
ni habeis reparado en mí!

ELVIRA.

¿Que há dos años que me amais?

GUZMAN.

Y áun lo duda, ¡vive Cristo!

ELVIRA.

Pero ¿dónde me habeis visto?

GUZMAN.

¿Y vos me lo preguntais!

ELVIRA.

¿Fué en la corte?

GUZMAN.

(Remedándola primero, y despues con mucha viveza.)

¿Fué en la corte?...
Pues ¿dónde quereis que fuera?
Allí os rendí el alma entera;
y como la aguja al norte,

como el girasol al sol,
seguí vuestro rumbo errante,
aguja firme y constante,
y amoroso girasol.

ELVIRA.

(Si miente, miente tan bien,
que á creerle el alma convida.)

GUZMAN.

Supe allí vuestra partida
al Perú...

ELVIRA.

¿Por quién?

GUZMAN.

¡Por quién!
—¿Qué importa por quién? ¡No quiero
decirlo! Creed ó dudad;
mas lo que hablo es tan verdad...
como que soy caballero.

MOSTACHO.

(¿Veis? La cosecha va á ser
tan buena como la siembra.
Para engañar á una hembra...)

GUZMAN.

(Hace falta otra mujer.)

ELVIRA.

Y bien, ¿qué intentais?

GUZMAN.

Intento...
Vivir... Veros... Adoraros,
y ver si logro obligaros
á pagar mi sentimiento. (Pausa brevísima.)
Ese silencio me apoca... (Fingiendo timidez.)
y yo... si no se me anima,
me muero...—Dejad que imprima
en vuestra mano mi boca.

ELVIRA.

¡Paso!

GUZMAN.

Pues, ángel hermoso,
¿mal hubiera en ello acaso?
Antes gran bien.

ELVIRA.

Paso, paso,
que ya os vais á escandaloso.

GUZMAN.

¿Yo!...

ELVIRA.

Y eso no me complace.

GUZMAN.

¡Tanto ruido por un beso...
en una mano, ¿qué es eso?

MOSTACHO.

(Eso no se dice: ¡se hace!)
(Guzman besa las manos á Elvira.)

MÚSICA.

ELVIRA.

¡Soltad!

GUZMAN.

Humilde el labio
demanda tu perdon.

ELVIRA.

Más que el infame agravio
me duele la traicion.

GUZMAN.

Rigidez
en verdad
ni precisa ni justa.

ELVIRA.

Sed mi juez,
confesad
que no peco de adusta.

GUZMAN.

(Lo supuse, y con efecto
no es la niña asustadiza.
A asociarla á mi proyecto,
la conciencia me autoriza.
La conquista no me halaga;
pero de ella se hablará,
y el peligro que me amaga,
cual nublado
disipado
cesará.)

ELVIRA.

(El alférez áun no sabe
que un rival tiene en su amigo...
El callárselo es muy grave,
pero yo no se lo digo.
Cuando al fin Lope se entere,
su amistad acabará;
pero este otro que me quiere,
á mi lado
desalado
correrá.)

GUZMAN.

¡Miradme, señora!
¡Templad el rigor!
Consolad al que humilde os adora
y sólo os implora
un poco de amor.

ELVIRA.

Andad en mal hora;
no es tanto el rigor.
El galan que de veras adora,
con hurtos no implora
los dones de amor.

(He estado un poco rígida,
y tiembla el pobrecillo.)

GUZMAN.

(Con otro avance intrépido,
se rendirá el castillo.)
Yo te adoro,
vida mia,
mi tesoro,
mi alegría.
Sólo fuego
tengo aquí:
(Llevándose las manos al corazon.)
estoy ciego...
¡y es por tí!
Del que hiere
tu desdén;
del que muere,
piedad tén.

ELVIRA.

Yo deploro
ser tan fria,
mas no adoro
todavía.
Temo el fuego...
Soy así.
Si está ciego,
no es por mí.
El que quiere,
sabe bien
que amor muere
sin desdén.

GUZMAN.

Con tu encanto
singular,
huye el llanto,
brilla el bien;
que no tiene que llorar
quien no llore tu desdén.

ELVIRA.

Me dá espanto
de pensar
si, con tánto
juzgar bien,
tendré un dia que llorar
que él no llore mi desdén.

HABLADO.

ELVIRA.

Me voy.

GUZMAN.

¿Tan pronto!

ELVIRA.

Hay razones
que me obligan á irme.

GUZMAN.

Pero...

ELVIRA.

Tengo que salir.

GUZMAN.

¿Sí?

ELVIRA.

Quiero
ver las iluminaciones.

GUZMAN.

(Propicia la ocasion es.)
Decidme, ¿quién va con vos?

ELVIRA.

Mi esclava.

GUZMAN.

Y, donde van dos,
¿no pudiéramos ir tres?

ELVIRA.

¿Eso un hidalgo pretende
de una dama?—¡Calle; calle!

GUZMAN.

Defendiendo rostro y talle
el manto, se sobreentiende.
Se trata sólo de un rato,
que, con vos, pronto se acaba;
y, llevando vuestra esclava,
¿en qué padece el recato?
—¿Os negais? (Fingiendo ansiedad.)

ELVIRA.

Procuraré
complaceros... (Me dá pena.)—
Esperadme: si oís que suena
un arpa...

GUZMAN.

¿Saldreis?

ELVIRA.

Saldré.
Adios.

GUZMAN.

Pero... ¿os vais á ir
sin decirme nada, hermosa?

ELVIRA.

Sed buen muchacho. (Entrándose.

GUZMAN.

—La cosa
no es muy fácil de cumplir.

ESCENA VII.

GUZMAN y MOSTACHO.

MOSTACHO. (Bajando al proscenio.)

Aunque la mente anda lista,
no dá caza á vuestra idea.

GUZMAN.

Pues es bien clara: que vea
todo el pueblo mi conquista.

MOSTACHO.

Nuevamente me confundo.
¿Ya la quereis?

GUZMAN.

Necio estás.
¡Querer!... Yo no quiero más
que á una persona en el mundo.
(Corrigiéndose.) — A dos, que con un paisano
me encontré aquí al llegar hoy,
y, ántes de mucho, le voy
á querer... como á un hermano.

MOSTACHO.

Para don Lope, ocasion
esa de envidia va á ser.

GUZMAN.

Don Lope ocupa el primer
lugar en mi corazon.—
Véte.

MOSTACHO.

Aquí podreis hallarme.
(Señalando á la hostería, donde entra.)

GUZMAN.

¿A beber más te dispones?

MOSTACHO.

Vos vais de iluminaciones,
y yo voy... á iluminarme.

ESCENA VIII.

GUZMAN; *en seguida* ERÁUSO Y GALINDO, *por la izquierda.*

GUZMAN.

Aun no he conseguido hablar
con Lope á solas. ¡Dichosas
fiestas!...—¡Cuántas, cuántas cosas
nos tenemos que contar!—
Pero... ¿no es mi hermano aquél?

ERÁUSO.

Oye... (A Galindo, con quien viene del brazo.)

GUZMAN.

(Por si hablan de mí,
escuchemos desde aquí.)

(Rápidamente y ocultándose detrás de uno de los postes que sostienen el toldo de la hostería.)

GALINDO.

Desengáñate, Miguel;
has hecho una tontería
garrafal, al imponerte
un sacrificio tan fuerte
amándola todavía.

ERÁUSO.

Eso es lo que yo te niego.

GALINDO.

Con negarlo ¿qué adelantas?
¿Quién á estos sitios tus plantas
encamina? El niño ciego;
que, al recordarte el rigor
que un rival encuentra en ella,

te hace notar que la bella
no sabe por tí tu amor.

ERÁUSO.

Calla, y no me desesperes.

GALINDO.

¿Vas á incomodarte acaso?

GUZMAN.

(Puedo salirles al paso;
no hablan más que de mujeres.)
— Señores...

ERÁUSO.

Adios, Guzman.

(Se estrechan las manos.)

GALINDO.

¿Qué haceis aquí, compañero?

GUZMAN.

Iba á refrescar, y espero
que usarcedes honrarán
esta mesa.

GALINDO.

A tan amable
convite, nadie se niega.

GUZMAN.

Dávalos á tiempo llega
de hacéroslo tolerable.

(Llama y habla aparte á un mozo de la hostería, que saca inmediatamente botellas y vasos.)

ESCENA IX.

DICHOS Y DÁVALOS, *por la derecha.*

DÁVALOS.

(¿Eráuso en su calle?... Esto
no es lo que ofreció.)

GUZMAN. (Yendo hácia él con interés.)

¿Qué tienes?

DÁVALOS.

¿Yo?...

GUZMAN.

Sí... Parece que vienes
con el rostro descompuesto.

DÁVALOS.

¡Bah!... (Serenándose y sonriendo con tranquilidad.)

GUZMAN.

Habrá sido una aprension.
(Volviendo á la mesa y poniéndose á destapar botellas.)

GALINDO. (Que los ha oido, aparte á Dávalos.)

(Abandona esas ideas.

DÁVALOS.

¿Eh!...

GALINDO.

Siéntate acá, y no seas
mal pensado sin razon.

DÁVALOS.

Tú haces que el alma recobre.)

GUZMAN.

Indulgencia se os suplica;

que la voluntad es rica,
pero el convite muy pobre.

(Invitándoles á pasar: todos se sientan; Guzman á la derecha, Dávalos á su izquierda, en el testero de la mesa está de cara al público, y á continuacion Galindo y Eráuso, que quedan enfrente del alférez.)

(Llegó la hora de beber...
¡Fuerzas el cielo me preste!)

DÁVALOS.

¿Te has hecho bebedor?

GUZMAN.

Éste
es hoy mi mayor placer.
¡Qué diablos! Hay diferencia
entre un fraile y un soldado.

DÁVALOS.

Observo que te has echado
á perder en nuestra ausencia.

GUZMAN.

¡Pché!... (No ha de poder ninguno
decir que me quedo corto.)

GALINDO.

¡Caramba! ¡Vino de Oporto!

GUZMAN.

No hay otro más oportuno. (Sirviendo á todos.)

DÁVALOS.

A tu salud. (Choca el vaso con Guzman, y ambos beben.)

GALINDO.

Justo es. (Idem: el alférez vuelve á beber.)

ERÁUSO.

Sí.

GUZMAN.

¡A la vuestra!

Correspondiendo al bríndis de Eráuso; Dávalos le impide que beba por tercera vez.)

DÁVALOS.

(Que te excedes.)

GALINDO.

¡Tres vasos!

GUZMAN.

Pues, sus mercedes,
¿no han bebido tres por mí?

(Sencillamente y señalando los tres que hay en la mesa.)

GALINDO.

¡Dice bien! (Riendo.)

GUZMAN.

(Si me mareo
y la lengua se me va...)

GALINDO.

¡Buen vino! (Paladeando.)

GUZMAN. (Volviendo á beber.)

Muy flojo. (¡Ay! Ya
empiezo á ver que no veo.)

DÁVALOS.

Para el que tenga corteza
en el gaznate, divino. (Apartando su vaso.)

GALINDO. (Pasándose la mano por la frente.)

A mí se me sube el vino
en seguida á la cabeza,
y no hallo quien me resista
entónces.

GUZMAN.

¡Bah! Yo os absuelvo
de esa falta.

GALINDO. (Con la lengua algo trabada.)

¡Si me vuelvo
pendenciero y camorrista!...

DÁVALOS.

(Temo que ya esté hecho el mal.)

GALINDO.

Noto que no me conviene
beber tanto; pero... ¡tiene
un sabor tan celestial!... (Menudeando los tragos.)

DÁVALOS.

Es menester que procures
contenerte: no juguemos...

GUZMAN.

¿Por qué nó? Al contrario: echemos
una mano á los albures.

(Dá una palmada y hace seña al criado de la hostería, que aparece, de que retire los vasos y botellas.)

Hoy he hecho mi provision
de naipes, y aquí hay baraja.

(Sacando una del bolsillo, barajando y echando el albur y el gallo.)

DÁVALOS.

¿Tambien juegas, buena alhaja?

GUZMAN.

El juego es mi perdicion.

GALINDO.

Caballo... Rey...

(Examinando dudoso las cartas de arriba y decidiéndose por fin á apuntar.)

—Soy vasallo
fiel, pero buen caballero.

GUZMAN.

El rey.

(Mostrando la carta que ha salido y guardando sus ganancias.)

GALINDO.

¡Adios mi dinero!

GUZMAN.

Vos lo habeis puesto *á caballo*.—
Sota y dos.

GALINDO.

Vamos á ver
si la fortuna varía.
A la sota...—¡El dos!
(Dando un puñetazo en la mesa al verlo salir.)

GUZMAN.

¿Quién fia
su hacienda de una mujer?
(Con calma, riendo y barajando.)

GALINDO.

¡Por vida!...—Dejad que parta.
(Cortando: sigue el juego.)

ERÁUSO.

Un escudo. (Desatando su bolsa.)

GALINDO. (Con impertinencia.)

¿A cuál?

ERÁUSO. (Señalando una carta.)

A ésta.

GALINDO. (Retirándole la mano en que tiene la moneda.)

No se te admite la puesta,
que ya está vista la carta.

ERÁUSO.

¿Cómo!

GALINDO.

Debe serte duro
abstenerte de ganar;
pero, en los juegos de azar,
el provecho es inseguro.

ERÁUSO.

¡Voto á briós! ¡Si no mirára
que estás borracho perdido,
la mano que me has cogido
iba á parar á tu cara!

GALINDO.

¿Yo borracho!... (Levantándose: todos le imitan.)

DÁVALOS. (Interponiéndose.)

¿A qué reñís?

GUZMAN. (A Miguel.)

(Ved que habla en él el licor...)

GALINDO.

(Desembarazándose de Dávalos y encarándose con Eráuso.)

¡Lo que tengo es más honor
que tú, y tu casta!

GUZMAN. (Volviéndose á él como movido por un resorte.)

¡Mentís! (6)

GALINDO.

¿Eh!...

(Haciéndose atrás. Extrañeza en Eráuso y Dávalos: Guzman procura disimular su turbacion.)

DÁVALOS.

¡Guzman!...

GUZMAN.

(Mi amor de hermano
me pierde.)

ERÁUSO.

¿Qué haceis, mancebo?

GUZMAN. (Completamente sereno ya.)

¿Pues qué he de hacer? Lo que debo:
defender á mi paisano. (Galindo ha sacado la espada.)

ERÁUSO.

Yo basto á vengar mi afrenta.

GUZMAN.

Perdonad: la demasía
que se hace en presencia mia,
la tomo yo por mi cuenta.

DÁVALOS.

¿Quereis que la ley os mate
si salir vivos lograis?

GALINDO. (A Guzman.)

Si esperándoos me cansais,
no será igual el combate.

ERÁUSO.

(Viendo que Guzman tira de la espada y se va á Galindo.)

¡Don Diego!...

GUZMAN.

Quitad de ahí,
que todo parará en nada.

GALINDO.

¡Defiéndete!

(Echándose á fondo: Guzman le hace saltar la espada por el aire y le pone en el pecho la punta de la suya.)

GUZMAN.

Esa estocada,
se evita y se vuelve así.
—Rendíos.

GALINDO. (Con calma.)

Máteme ó pida
algo que yo halle más justo.

ERÁUSO.

Perdonadle.

GUZMAN.

¿Es vuestro gusto?
—A Eráuso debeis la vida.

(Envaina, alza del suelo la espada de Galindo y se la alarga cortesmente, cogida por la hoja.)

DÁVALOS.

Abrazáos.

(Reuniéndolos y obligándoles á ello.)

GALINDO.

Apretad,
que yo no he de hacerlo ménos.
—A mí, los mozos serenos,
me roban la voluntad.
Y éste, á más, es libertino
y loco por los placeres...
aunque no ama las mujeres
como ama el juego y el vino.

ERÁUSO.

Tendrá razones...

GUZMAN. (Gravemente.)

Bastantes.

ERÁUSO.

¿Por qué no las quereis bien?

GUZMAN.

Son fieras en el desdén
y en el cariño inconstantes.
—Pero no penseis, señores,
que al juzgarlas las confundo;
sé de sobra que en el mundo
las hay malas... y peores.

ERÁUSO.

¡Bravo!

DÁVALOS.

Ya se desahogó.

GALINDO.

No os perdono que así hableis.

GUZMAN.

Perdonármelo podeis...
(Para sí.) (que me lo perdono yo.)

DÁVALOS.

No le he visto todavía
más que con hombres.

GALINDO.

Concedo
que es virtud.

GUZMAN.

¿Acaso puedo
hallar mejor compañía?

GALINDO.

Si bien para hacer fortuna
entre hembras, tiene una tacha:
aunque gallardo, es su facha
poco varonil y hombruna.

GUZMAN.

¡Capitan!...

GALINDO.

No se alborote
el alférez. La mujer
—que suele el valor tejer
de los pelos del bigote,—
juzga al más bizarro mozo
con arreglo á su resabio,
si no divisa en su labio
la sombra del primer bozo.

GUZMAN.

[Segun se las considera,
son las cosas diferentes.
Suelen echar los valientes

los bigotes hácia fuera;
pero, está tan en su centro
en mí el valor que denotan...
¡que á la cara no me brotan
porque los echo hácia dentro!]
—¡Las barbas!... Yo no concibo
que de eso nadie haga alarde:
no hay animal más cobarde
ni con más barbas que el chivo.

TODOS.

¡Já, já, já!...

GUZMAN.

En lo referente
á conquistas amorosas,
comprended que, ciertas cosas,
las calla el hombre prudente.
¿Qué pensarian de mí
ucedes si les dijera:
«No hace seis horas siquiera
que he puesto la planta aquí,
y, sin embargo, consigo
que la mujer más bonita
del Callao me dé una cita
y ande la ciudad conmigo»?
¿Qué pensarian?

GALINDO.

Que estaba
de humor de broma don Diego
de Guzman.

GUZMAN.

Pero, ¿y si luégo
yo de su error les sacaba?

GALINDO.

¿Cómo?

GUZMAN.

Haciéndoles rendirse
á la luz de la evidencia.

—Señor don Luis, mi prudencia
tenia que concluirse.

ERÁUSO. (Inquieto.)

Y... ¿dónde habita esa dama?

GUZMAN.

En esta calle.

DÁVALOS. (Idem.)

Y... ¿es bella?...

GUZMAN.

Es bella.

GALINDO.

¿Y os ama?

GUZMAN.

Ella
jura al ménos que me ama...
Y, si bien yo no lo creo,
tranquilo aguardo á pié firme
que su arpa llegue á decirme
si va á salir á paseo.

ERÁUSO. (Alarmado.)

Un arpa...

GUZMAN.

Esa es la señal.

DÁVALOS.

(¡Huye de mí, infame idea!)

GALINDO.

Permitidme que no os crea.

(Se ve luz á través de la celosía del cuarto de Elvira y suena un arpa, tocando el preludio de la cancion indiana de la segunda escena.)

GUZMAN.

Ya estais viendo que haceis mal.

ERÁUSO.

(¡Cielos!...)

DÁVALOS.

(¡Qué oigo!...)

GUZMAN.

Por favor,
¡ocultáos!... (Empujándolos hácia la hostería.)

DÁVALOS. (Queriendo dudar.)

(¡No! ¡Es mentira!...)

GALINDO.

Vuestra amada es...

GUZMAN.

Doña Elvira,
la hija del Gobernador.

DÁVALOS.

¡Imposible!

GUZMAN.

En vuestra mano
está el verlo.

DÁVALOS.

(Horrible afan!...)

(Retirado con Eráuso y Galindo en el soportal de la hostería, y observando la escena con ansiedad.)

GUZMAN.

(¡Bien se ha logrado mi plan!)

ESCENA X.

DICHOS; ELVIRA, *con manto, que aparece un momento en la puerta del palacio y vuelve á entrar inmediatamente, cerrando de golpe.*

ELVIRA.

Don Diego...

DÁVALOS Y ERÁUSO.

(Sin poder contenerse, á la vez y avanzando hácia ella seguidos de Galindo.)

¡Elvira!

ELVIRA.

(Ahogando un grito y dirigiendo á Guzman una mirada de desprecio y de cólera.)

¡Villano!

ESCENA XI.

GUZMAN, DÁVALOS, ERÁUSO Y GALINDO.

GALINDO.

¡Dios la maldicion ha oido
que la lancé esta mañana!

(Aparte á Dávalos y Eráuso, que sacan las espadas y van á arrojarse contra Guzman.)

(¡No digais que á tan liviana
mujercilla habeis querido!)

(Miguel y Dávalos se detienen.)

GUZMAN. (Adelantándose.)

Señores...

GALINDO.

Apartad.

GUZMAN.

Nó.

—¿Qué es esto? (Sorprendido.)

DÁVALOS.

¡Pérfido!

ERÁUSO.

¡Aleve!

GUZMAN.

Creo que si alguno debe
enfadarse aquí, soy yo.

DÁVALOS.

¿Aun defiendes lo que has hecho!...

GUZMAN.

Nó, y el cielo es buen testigo;
pero, para obrar conmigo
así, ¿quién os dió derecho?
—¡Y os quejais de mí!...

ERÁUSO.

¡Sí tal!

GUZMAN.

¡Debiera ser al revés!

GALINDO. (Conteniendo á Dávalos y á Eráuso.)

Para ellos, Elvira es
la hija de su general...

GUZMAN.

Pues eso ¿puede ser parte
acaso á que se la afrente?

DÁVALOS.

Al ménos, ¡es suficiente
motivo para matarte!

GUZMAN.

¡Cómo?...

ERÁUSO.

Como no debiera
morir un traidor: en duelo.

GUZMAN.

¡Y tomais con tanto celo...

DÁVALOS. (Con sarcástica amargura.)

Sí... que es hija de Rivera.

ERÁUSO.

¡En guardia!

DÁVALOS.

¡En guardia!

GUZMAN.

¡Por Dios!

¡Horrorosa ceguedad!

GALINDO. (A Miguel y á Dávalos.)

¿Qué vais á hacer?

DÁVALOS.

Es verdad:

elige á uno de los dos.

GUZMAN.

(¡Oh!...)

ERÁUSO.

Lope es tu amigo...

GUZMAN.

¡Sí!

¡Contra él no saco la espada!

ERÁUSO.

(Satisfecho de haberse salido con su intencion.)

Pues la duda está zanjada:
me habeis elegido á mí.

GUZMAN.

¡No!...—Ya os vengarán mis penas...
(¡Antes que atentar impía

á su sangre, verteria
la que corre por mis venas!)

ERÁUSO.

¡Pero...

DÁVALOS.

¿Nos vas á obligar
á asesinarte?

ERÁUSO.

Eso ¿es miedo?...

GUZMAN.

¡Sí! — (A Dávalos.) A tí matarte no puedo...
(A Eráuso.) Vos no me debeis matar...

ERÁUSO.

(Que ya ha tratado de interrumpirle ántes; impacientado, sin oirle.)

Excusad discursos vanos
y concluid de escoger.

GUZMAN. (Despues de un momento de visible violencia.)

Lope.

GALINDO. (Con extrañeza.)

¡Eh?...

DÁVALOS.

¡Bien! (Con alegría.)

ERÁUSO.

¡Cómo ha de ser! (Resignándose.)

GUZMAN.

(¡Quiero morir á sus manos!)
— De un compatriota, no espero
(Con la voz empañada.)
que esta súplica rechace...
¿Me permitís que os abrace?
(Avanzando tímidamente hácia Eráuso, que se aparta.)

ERÁUSO.

¡No!

GUZMAN.

(¡El primero, fué el postrero!)
—Esperad al vencedor
léjos de aquí.

GALINDO.

(Estrechándole la mano y como quien adivina el fatal resultado que para el alfêrez ha de tener el lance.)

Adios, Guzman.

GUZMAN. (Señalando á Miguel.)

¡Rogadle vos, capitan,
que no me guarde rencor!

(Vánse por la izquierda Eráuso y Galindo.

ESCENA XII.

DÁVALOS Y GUZMAN. *Éste baja la cabeza al encontrarse su mirada con la de Dávalos.*

DÁVALOS.

Baja, baja la cabeza,
miserable: ¡muestra en eso
que no puedes con el peso
enorme de tu vileza! (Pausa.)
—Harto sé que no hablarás,
y á fé que no lo deploro.
¡Calla, sí!

GUZMAN.

¿No ves que lloro?
Pues ¿qué he de decirte más!

DÁVALOS.

¿Tambien cobarde... ¡Oh baldon!

GUZMAN.

¡Lope!... ¡Padre!... ¡Hermano!... ¡Amigo!...
No lloro por mi castigo:
lloro por tu indignacion.

DÁVALOS.

¡Amigo!...—¡Calla, y oculta
ese nombre en tu malicia:
cuando es verdad, acaricia;
cuando es un sarcasmo, insulta!

GUZMAN.

La cólera que te inflama,
es la ocasion de mi llanto...
Ahora sé que miras tánto
por el padre de esa dama.

DÁVALOS.

Antes debiste saber,
para no obrar de tal suerte,
que Dios hizo al hombre fuerte
y débil á la mujer;
porque, á trueque del amor
que le dá su compañera,
el hombre su amparo fuera;
no su enemigo peor.
—Mas ¿qué digo, á quien de roble
tiene el corazon helado,
en que nunca se ha albergado
ese sentimiento noble?

GUZMAN. (Pensativo.)

Nunca...

DÁVALOS.

El orgullo soez
que hoy te acercó á Doña Elvira,
no se llama amor... y... Mira:
¡acabemos de una vez!

GUZMAN.

¿Batirme contigo!...

DÁVALOS.

Sí.

GUZMAN.

Mucho te engañas si piensas
que hallar pueden tus ofensas
más que sufrimiento en mí.

DÁVALOS.

Pues ¿para qué en el combate
á Eráuso se me prefiere?

GUZMAN.

Para que, si Lope quiere
que muera Guzman... le mate.

DÁVALOS.

Yo defenderte te haré!

GUZMAN. (Hincando una rodilla en tierra.)

¿Si humilde á tus piés me postro...

DÁVALOS.

¡Mi mano te herirá el rostro!

GUZMAN.

¡Y yo te la besaré! (Haciéndolo.)

DÁVALOS.

¿Tú!... (Retrocediendo asombrado.)

GUZMAN..

No olvida el pobre niño
rudo, desdichado y triste,
que tú su espíritu abriste
al gozo, al bien, al cariño.
Tu amistad, afecto noble,
diga tu voz lo que quiera,
trocó con su fuego en cera
este corazon de roble;
y se arraigó tan profundo
en él, aunque á tí te pese,
que le hizo ignorar que hubiese
más cariños en el mundo.

Sácia en mi rostro tu encono...
¡Si un agravio solicito!
¡Ya verás qué pronto grito:
«¡Te perdono! ¡Te perdono!»

DÁVALOS.

(Enternecido; abandonándose y dulcificando un poco su tono.)

¿Y sabes, desventurado
verdugo de mis venturas,
las inefables dulzuras
que tu error me ha arrebatado?
Tambien fué mi corazon
duro, cruel, fuerte, seco...
Sólo despertaba al eco
de la marcial ambicion;
pero encontró á Elvira un dia...

GUZMAN.

¡Qué!... (Alzándose del suelo con viveza.)

DÁVALOS.

¡Y trocóse de repente
la roca estéril, en fuente
de grandeza y poesía!

GUZMAN. (No atreviéndose ni á decirlo.)

¿La amas?...

DÁVALOS.

¡Sarcasmo cruel!
¿No lo sospechabas?

GUZMAN.

¡Nó!

DÁVALOS.

¿Te sorprende?

GUZMAN. (Para si.)

(¡Ingrato! ¡Y yo
no pensaba más que en él!)

DÁVALOS.

¡Lã amo con pasion tan loca,
que, aunque por callarla he hecho,
no cabiéndome en el pecho,
se me sale por la boca!

GUZMAN.

¿Y me odias porque á ella das
la atencion que yo ambiciono?...
¡Y yo lo sé... y te perdono...
(Rebelado contra sus sentimientos.)
y casi te quiero más!...
—¡Calla!—Nó: ¡sigue! (En la mayor agitacion.)

DÁVALOS.

Tú ignoras
lo que es dar la vida en culto
á un sér que palpita oculto
en tus lágrimas, si lloras;
en tus sonrisas, si ries...

GUZMAN.

¡Nó!

DÁVALOS.

¡Sí! ¡Encadenado al suelo,
tú ignoras lo que es el cielo,
y de ignorarlo te engríes!

GUZMAN. (Llevándose las manos al corazon.)

¡Todo eso siento yo aquí!

DÁVALOS.

¡Si esa es del amor la huella!
¡Si eso siento yo por ella!

GUZMAN.

¡Y me lo dices á mí!...

DÁVALOS. (Despues de mirarle un momento.)

¿Qué hace en el cinto tu espada
si á disputármela aspira?

GUZMAN. (Sin oirle.)

¿Nada soy yo, junto á Elvira,
para Lope?

DÁVALOS. (Con frialdad y energía.)

Nada.

GUZMAN. (Con desesperacion.)

¡Nada!...
¿No llega á tí este calor, (Apretándose el corazon.)
capaz de encender la nieve?...

DÁVALOS.

¿Quién á comparar se atreve
la amistad con el amor?
Cese el debate importuno
que humilla mi pensamiento:
amigos, se tienen ciento...

GUZMAN.

¡Yo no tengo más que uno!

DÁVALOS.

Amantes, una no más.
¡Una! ¡La que en sueños ves,
la que te engaña despues...
la que no olvidas jamás!

GUZMAN.

¡Lope!... ¡Lope!...

DÁVALOS.

¡Aparta, necio!

GUZMAN.

¡Mira que me muero!... ¡Mira...

DÁVALOS.

Ella, al fin, rabia me inspira:
tú únicamente desprecio.

GUZMAN.

¡ Oh !... (Irguiendo la cabeza y con frenesí.)

DÁVALOS.

¿ Sientes ya indignacion?

GUZMAN.

¡ Tánta... que á delirio llega !
El llanto, mis ojos ciega...
la sangre, mi corazon...

DÁVALOS.

¿ Dónde vamos á reñir
y cuándo?

GUZMAN.

¡ Aquí, y en seguida!

(Sacando la espada y arremetiendo con furia á Dávalos; el cual, á los primeros golpes, baja el brazo derecho y se lleva al pecho la mano izquierda.)

MÚSICA.

— ¡ Ah ! (Dando un grito.)

DÁVALOS.

Gracias por esta herida...
Gracias... si me hace... morir.

GUZMAN.

(Horrorizado de lo que ha hecho, pasándose la mano por la frente y soltando la espada.)

¡ Morir?... ¡ Él á mis manos !
¿ Y eso es posible? — ¡ Nó !

(Acude á Dávalos, que vacila, y le ayuda á sentarse en el poyo que hay junto á la hostería.)

¡ Lope !...

(De pronto, viéndose las manos y retrocediendo con espanto.)

¡ Sangre !...— ¡ Yo sueño !...
¡ Yo pierdo la razon !

(Arrancándose la banda de alférez y procurando cubrir con ella la herida de Lope: el temblor que agita todo su cuerpo, no se lo consiente.)

Hay que vendar la herida...

(Gritando desesperadamente á la puerta de la hostería.)

¡ Auxilio!... ¡Aquí !... ¡Favor!...

ESCENA XIII.

DICHOS; MOZOS *de la hostería y algunos* SOLDADOS *que acuden á Dávalos y restañan luégo con trapos la sangre de su herida. Guzman, al verlos salir, retrocede cubriéndose el rostro con las manos y dice:*

¿Por qué en su noble pecho
mi acero se clavó?
¿Qué es lo que me impulsaba?
Ira... Angustia feroz...
Envidia... Horribles celos...
—¿Yo celos? ¿Por qué?...—¡Oh!...

(Llorando.)

¡Lo que siento en mi alma
es amor... es amor!!!

(Reponiéndose, clavando en Dávalos una mirada de indefinible ternura y dando fuertes aldabonazos en la puerta del palacio de Rivera.)

¡Auxilio!...
¡Favor!...

ESCENA XIV.

DICHOS. *Van apareciendo sucesivamente*: MOSTACHO, *y en seguida el* CORO DE SOLDADOS, *por la puerta de la hostería;* RIVERA Y ELVIRA, *seguidos de* CRIADOS *con luces*, *por la del palacio; el* CORREGIDOR, *al frente de* UNA RONDA, Y PUEBLO, *por el foro.*

MOSTACHO.

(Es mi amo, y pide auxilio...
¡Magnífica ocasion!
Ya está todo acabado...)
—¡Nada temais, señor!

(Sacando la espada y poniéndose al lado de Guzman.)

SOLDADOS. (Saliendo.)

¡El nuevo Cid vencido!...
Diego Guzman le hirió:
él sólo, frente á frente,
postrára su valor.

GUZMAN.

La ley mata al soldado
que en duelo se batió...
¡ Matadme... pero pronto !...
¡ Pronto... pronto, por Dios !

RIVERA.

(Que ha salido un momento ántes, avanzando gravemente.)

Pena será un cadalso
de tan inícua accion,
y á él subirá el amigo
que se batió con vos.

GUZMAN.

¡ Ah !... ¡ La ley le condena
y le delato yo !

MOSTACHO.

(¡ Piés, haced vuestro oficio !)

(Echa á correr: al mismo tiempo sale la ronda, y el Corregidor le detiene.)

CORREGIDOR.

Alto; dése á prision:
quien corre espada en mano,
al crímen ayudó.

(Mostacho deja caer la espada, temblando; la ronda hace entregar la suya al alférez, y ambos quedan custodiados por los alguaciles.)

ELVIRA.

¡ Lope !... (Acercándose a él.)

DÁVALOS.

Tú, infame, fuiste
la causa de su error.

RIVERA.

(¿ Qué oigo !)

DÁVALOS.

¡ Aparta ! Tu vista
pide mi maldicion.

(Los soldados y la gente del pueblo, que va llegando poco á poco, hablan en voz baja.)

CONCERTANTE.

DÁVALOS. (Dirigiéndose á Elvira.)

¿Eres tú la mujer que yo amaba,
áun más pura que noble y que bella;
la mujer á quien yo veneraba
viendo el alma de un ángel en ella?
¡No eres tú! No es la luz de mi anhelo
la que hoy tiembla cobarde ante mí:
¡la que alzó sus miradas al cielo,
nunca baja los ojos así!

GUZMAN. (Hablando consigo mismo.)

¿Soy yo aquella infeliz que lloraba
el terrible rigor de su estrella
y, á su error comparándolo, hallaba
harto justa su eterna querella?
Sí, yo soy, pues que al verme en tal duelo
esta vida fatal no perdí...
¡Para mí no hay humano consuelo,
y la tierra no se abre ante mí!

ELVIRA. (Mirando con ira á Guzman.)

¿Eres tú quien las glorias mostraba
del amor á la incauta doncella,
y al abismo, falaz, la arrastraba
matizando de flores su huella?
¡No eres tú! No se envuelve en tal velo
la vileza y ruindad que hay en tí,
y nacer no pudiera del hielo
el amor que un instante ardió aquí. (En su pecho.)

RIVERA. (Contemplando á su hija.)

¿Soy yo aquél que de orgullo temblaba
al juzgarte un traslado de aquella
que en el cielo tus pasos guiaba,
de virtud y de honor pura estrella?
¡No soy yo! No es mi dulce consuelo
quien ultraja mis canas así...
¡La que ve tu maldad desde el cielo,
ya ha apartado los ojos de tí!

CORO GENERAL.

A los dos la amistad otorgaba
cuanto bien el mortal tiene en ella,
y al buen Lope el amor comenzaba
á templar el desdén de su bella.
Todo huyó. Ya un infierno es el cielo
que formarse miramos aquí:
con la muerte castígase el duelo
y sus dichas acaban así.

(Rivera toma á su hija de la mano y la obliga á entrar en el palacio; hace despues un signo á Carranza, y dos soldados prenden y se llevan á Guzman, quedando Dávalos custodiado por otros dos. Cuadro.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Cuarto de banderas en el cuartel de El Callao, dispuesto para un consejo de guerra. Tablado á la izquierda, con mesa, en la cual habrá un crucifijo, libros y papeles, sillas al rededor y un banco al pié, algo separado y no del todo paralelo á la mesa.—Salida á un patio, en el fondo, por medio de una gran puerta; dos laterales y otra á la izquierda, primer término.—Estandartes, trofeos y panóplias con toda clase de armas españolas é indias, en las paredes.—Sobre la mesa del consejo y bajo dosel, un retrato de Felipe III.—Comienza á amanecer al levantarse el telon, y el teatro se ilumina rápidamente.

ESCENA I.

CARRANZA, *con la alabarda de sargento*, MOSTACHO Y SOLDADOS.

MÚSICA.

CORO.

¡Ánimo! El nuevo dia
risueño asoma ya;
aliento y energía
su luz al alma dá.

MOSTACHO.

Pase como donaire,
aunque lo hallo cruel;
lo que es á mí, hasta el aire
me huele hoy á cordel.

CARRANZA.

Domínate.

MOSTACHO.

No puedo.

CARRANZA.

¿Aun tiemblas!

MOSTACHO.

¡Nó que nó!

CARRANZA.

¡Valor! ¿Quién dijo miedo?

MOSTACHO.

Creo que he sido yo.

CARRANZA.

Si peligra tu cabeza,
es dudoso en este instante.

MOSTACHO.

Mientras llega la certeza,
con la duda hay muy bastante.

CARRANZA.

Lucha con la desgracia.

MOSTACHO.

Yo soy moro de paz.

CARRANZA.

¿Por qué bajas los ojos?

MOSTACHO.

Modestia y nada más.

CARRANZA.

Al morir como un valiente,
te honrará tu regimiento.

CORO.

¡Sí!...
¡Te honrará tu regimiento!

MOSTACHO.

El estar yo de él ausente,
me aguará todo el contento.

CARRANZA.

La muerte, dura un punto.

CORO.

¡Sólo un punto!

MOSTACHO.

Basta y sobra con él.

CARRANZA.

La vida es muy amarga.

CORO.

¡Muy amarga!

MOSTACHO.

A mí, me sabe bien.

CARRANZA.

En el riesgo que afronta sereno,
del soldado se cifra la gloria;
si su nombre hace eterno la historía,
¿qué le importa al soldado morir?

CORO.

En el riesgo que afronta sereno, etc.

MOSTACHO.

Sí señor, y todo eso es muy bueno,
pero tanto renombre dá empacho:
si el soldado se llama Mostacho,
al soldado le gusta vivir.

CARRANZA.

¿Qué hay en la vida
que valga un bledo?

CORO.

¿Qué hay en la vida
que valga un bledo?

MOSTACHO.

Hay muchas cosas,
dignas de aprecio.
—Hay bolsillos que contienen
oro y plata en cantidad,
y que, poco á poco, tienen
más barriga que un abad.
Pastelones hay tamaños
(Marcando la dimension y con mucha mímica.)
de perdices y jamon,
y hay vinillos de cien años
dignos de veneracion.

CORO.

¡Es verdad! ¡Es verdad!

CARRANZA.

¡Y esa es la felicidad?...

CORO.

Hay bolsillos que contienen, etc.

MOSTACHO.

Hay muchachas de ojos negros
y de labio carmesí,
sin cuñados y sin suegros
y con dotes hasta allí.
Las hay rubias como el trigo
y blanquitas como el pan,
que al hacer migas conmigo...
¡uy, qué ratos que me dan!

CORO.

¡Eso sí! ¡Eso sí!

CARRANZA.

¡Y eso es todo, para tí?...

CORO.

Hay muchachas de ojos negros, etc.
(Suena dentro una campana, y el coro se retira por el patio.)

ESCENA II.

CARRANZA Y MOSTACHO.

CARRANZA.

¡Lloras?...

MOSTACHO,

Nó señor, no lloro:
¡rabio! Esto es aleve, inícuo;
esto no se hace con negros,
ni con...—¡y se hace conmigo!
¡Mostacho expuesto á morir
en horca, infame suplicio
que degrada á la familia...
y estrangula al individuo!
—Además, tened presente
que yo soy muy tierno, tio,
y si me matan, me muero
de pena. Yo no resisto
estos golpes.

CARRANZA.

El consejo
de guerra, no se ha reunido
todavía.

MOSTACHO.

Y ¿por qué pueden
matarme? Por el capricho
de hacerlo... ¡Es claro!—Mi amo
postra en tierra á su enemigo:
yo, seguro de que entónces
no me arriesgo en lo más mínimo,
saco la espada; comprendo
mi necedad; me hago un lio;

corro; la ronda me atrapa...
y por el único indicio
de que corro...—Pues señor,
si el correr es un delito
de muerte, ¿cómo he llegado
yo á cumplir los veinticinco?
Esta razon hará fuerza
al tribunal.

CARRANZA.

¡Vive Cristo!
¿Serás capaz...

MOSTACHO.

¡No sabeis
áun lo que es vuestro sobrino!

CARRANZA.

¿Quién es capaz de hacer eso?

MOSTACHO.

¡Quien es capaz de decirlo!

CARRANZA.

Tu valor es proverbial.

MOSTACHO.

Que lo prueben con testigos:
con tal de que encuentren uno,
que me ahorquen; yo lo permito.
—¡Ley absurda! ¡Ley tiránica
que deja al padre sin hijo,
á la esposa sin esposo...
y al tio sin sobrinito!
Si Lope hubiera quedado
muerto en el lance, me explico
el rigor; pero si anoche
tuvieron el desafío,
y ya está ese hombre de piedra
más derecho que un husillo.
Tengo la seguridad
de que, si somos racimos

de cuelga, le van á ahorcar,
y, hasta muerto, va á estar vivo.
(Pausa.) ¿Ucé no ha logrado aún
saber, por ningun resquicio,
si se encuentra el tribunal
predispuesto á ser benigno?

CARRANZA.

La ley está terminante.

MOSTACHO.

¡Ay!

CARRANZA.

Sin embargo...

MOSTACHO.

¡Respiro!...

CARRANZA.

En el pecho de Rivera,
que es quien hoy puede á su arbitrio
disponer de vuestras vidas,
hay en lucha dos distintos
pareceres.

MOSTACHO.

¡Sí?...

CARRANZA.

La horca
y el perdon.

MOSTACHO.

¡Ese es el mio!

CARRANZA.

Matar al gran Lope Dávalos,
á un soldado tan querido
del pueblo, es lástima...

MOSTACHO.

¡Justo!

CARRANZA.

Pero dejar á uno vivo
y condenar á los dos
restantes...

MOSTACHO.

¡Nó, eso es indigno!

CARRANZA.

No pudiendo perdonar
á los tres, lo más sencillo
es que vayais á la horca
los tres juntos.

MOSTACHO.

¡San Cirilo!
¡Tiene ucé unas sencilleces!...

CARRANZA.

¡Bah! Si á la postre es preciso
morir, ¿no tendrás valor?

MOSTACHO.

Ya ve ucé... Soy primerizo...

CARRANZA.

¿Primerizo?...

MOSTACHO.

Sí, esta es
la primera vez que espicho.
—Tio, á ucé le ha puesto Dios
en el pecho un marmolillo
por corazon; ucé mira
fallecer á su sobrino,
y no derrama una lágrima,
y se queda tan tranquilo.

CARRANZA.

¿Yo?...

MOSTACHO.

¿Qué le ha pasado á ucé?

CARRANZA.

¿A mí?...

MOSTACHO.

Sí: está ucé amarillo...

CARRANZA.

¿Yo?...

MOSTACHO.

Pero... ¡está ucé llorando?

CARRANZA.

¡Eh! ¡Si esto es sudor, borrico!

(Enjugándose furtivamente con la mano una lágrima que no ha podido contener, y recobrando su aspecto habitual.)

MOSTACHO.

En fin, si ucé fuera otro...

CARRANZA.

¿Otro qué?

MOSTACHO.

Ya que el destino
le ha hecho á ucé mi guardador...
se haria ucé el distraido,
y yo mientras tanto...

CARRANZA. (Enarbolando la alabarda.)

Como
te muevas, te pulverizo.
Mi deber es lo primero.

MOSTACHO.

Ucé no es hombre: es un risco.

CARRANZA.

Y basta de charla inútil:
ten en cuenta que vigilo
tus pasos, y que, además,
está guardado el recinto
del cuartel... (Si se me escapa

sin verle yo, le permito
que se escape: si le veo
dar un paso, le hago añicos.)

MOSTACHO.

¡Me marcho! ¡Hasta nunca! — Esto
es lo que se llama un tio! (Váse por la derecha.)

ESCENA III.

CARRANZA; *en seguida* GALINDO, *por el foro.*

CARRANZA.

¡Pobrecillo! La verdad
es que el trago... — ¡Pobrecillo!
(Enterneciéndose de nuevo.)

GALINDO.

Sargento.

CARRANZA.

¡Quién va? — ¡Ah! ¿Sois vos,
señor capitan Galindo?

GALINDO.

Acabo de recibir
en este instante un oficio
nombrándome defensor
de Guzman, y necesito
hablarle.—¿Cómo ha pasado
la noche?

CARRANZA.

Muy abatido,
mucho: se ha estado, lo ménos
desde la una hasta ahora mismo,
escribiendo, interpolando
los renglones con suspiros,
y vertiendo cada lágrima
como el puño... Yo lo he visto.

GALINDO.

Esa conducta, es impropia
de un soldado de su brio.

CARRANZA.

¡Ay don Luis! En estos trances
se prueban los mozos finos...
Hasta ahora, los que resisten
son don Lope y mi sobrino...
—A propósito: ¿pensais
que éste corra algun peligro?

GALINDO.

Mientras no pueda probársele
que tomó en el desafío
una parte muy directa,
y eso es difícil...

CARRANZA.

Muchísimo.

GALINDO.

Tranquilizadle...

CARRANZA.

¡Nó! Nada
de eso: mi plan es distinto.
Quiero que aprenda á morir...
Aunque de ésta salga vivo,
no ha de faltarle ocasion
de utilizar lo aprendido.

GALINDO.

¡Qué extraño es cuanto rodea
al alférez! No consigo
unir las contradicciones
que ví en él desde un principio.
[Dice que odia á las mujeres,
y deja á Tenorio chico;
para batirse, entre un hombre
que hasta ayer no ha conocido
y Lope, á quien tanto debe,

se decide por su amigo...
Nó, lo que es entre él y Eráuso
hay algo. Se puso lívido
ayer, cuando oyó su nombre...
Y este miedo repentino
á la muerte, tan extraño
en quien nunca la ha temido...
—En la vida de Guzman
hay un misterio: de fijo.]
Llamadle.

CARRANZA.

No es necesario:
(Mirando hácia la izquierda.)
él se dirige á este sitio.

GALINDO.

Dejadnos.
(El sargento se va por el foro.)

ESCENA IV.

GUZMAN, *por la segunda puerta de la izquierda*, Y GALINDO.

GUZMAN.

Señor Don Luis.

GALINDO.

¡Guzman!

GUZMAN.

¡Qué gozo recibo
con veros! Iba á mandar
que os llamasen, ahora mismo.

GALINDO.

¿Me habeis menester en algo?

GUZMAN.

Sí, tenia que pediros
un favor...

GALINDO.

Hablad.

GUZMAN.

Que exige
discrecion, pero es sencillo.—
Mi muerte es inevitable,
segura.

GALINDO. (Con escasa conviccion.)

¿Quién os lo ha dicho?

GUZMAN. (Llevándose la mano al corazon.)

Éste, que siempre presagia
males, y siempre es verídico.
En las causas militares,
la ejecucion sigue al juicio;
empieza á las seis... Tenemos
poco tiempo: son las cinco.
—Apénas haya yo muerto,
entregareis este escrito (Un pliego que saca del bolsillo.)
al capitan don Miguel
de Eráuso, á quien lo dirijo;
y en caso de que llegára
á entristecerle, yo os pido
que, para darle consuelo,
no perdoneis sacrificio. (Galindo toma el pliego.)
Son papeles de familia...
Como él es paisano mio...

GALINDO.

Siento que abrigueis tan pocas
esperanzas; pero he sido
nombrado defensor vuestro,
y, por lo tanto, es preciso
que me digais, y yo exponga
al tribunal, los motivos
de descargo...

GUZMAN.

No hay ninguno.

GALINDO.

¡ Ninguno ?...

GUZMAN.

En lo sucedido
entre Lope y yo, el culpable
soy yo; que tan sólo aspiro
á que el tribunal, sabiendo
su inocencia y mi delito,
dé absolucion á la una
y al otro el justo castigo.

GALINDO.

Pero ved que eso equivale,
señor don Diego, á un suicidio;
ved en qué terrible apuro
me poneis, y cuán ridículo
es un defensor que nada
hace por su defendido.

GUZMAN.

Lo que á mí me favorezca,
será de Lope en perjuicio.

GALINDO.

¡ Y ayer le heristeis en duelo !

GUZMAN.

Mi falta enmendar ansío.

GALINDO.

¿ Quién os entiende, Guzman ?

GUZMAN.

Muchas veces, ni yo mismo.
—Pero no hablemos más de esto...
Desde mi prision, no he visto
á Lope, y, si he de morir
resignado, necesito
alcanzar de él un perdon
de que me confieso indigno.

Mi crímen es la cadena
que va á arrastrarle al suplicio;
para que Dios me perdone,
que él lo haga ántes es preciso.
Alcanzadme esa entrevista...
¡Defendedme ante él, Galindo!

GALINDO.

Bien...—(Al irse.) (Su accion es generosa;
mas yo cumplir necesito
con mi conciencia... Me pone
en un grave compromiso. (Éntrase por la derecha.)

ESCENA V.

GUZMAN.

¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Mi alma á otro mundo renace?
¿Qué oculto poder me hace
tan otra de lo que fuí?
¿Qué es del valor, de que dí
tántas pruebas hasta ayer?
¿Qué es lo que cambia mi sér?...
Ya lo empiezo á vislumbrar:
la desgracia, me hizo amar...
y el amor, me hace mujer.
Sin mis penas, pensaria
que me despierto en mi infancia...
—¡Mujer! ¡Cuán larga distancia
he recorrido en un dia!
¡Todo es fulgor, y armonía,
y aromas en la creacion;
y pienso,—dulce ilusion
de un espíritu exaltado,—
que, si mi fuerza ha menguado,
me ha crecido el corazon!
Me rinde el traje de guerra
y de mí propia me asusto,
y el primer combate justo
que se me ofrece, me aterra.

¡Lope! Sér que mi alma encierra,
no sé, en mi debilidad,
conquistar tu libertad;
mas... Dios, que me oyes gemir,
¡sálvale... y hazme sufrir
por toda una eternidad! (Cayendo de rodillas.)

ESCENA VI.

GUZMAN y DÁVALOS, *que aparece en la puerta de la derecha y avanza sin ser visto por aquél.*

DÁVALOS.

(Aquí está.—¡En tierra postrado!...)

GUZMAN. (Levantándose.)

¿Qué es esto?... Se me ha inundado
toda el alma de alegría...

DÁVALOS. (Acercándose más.)

(Ya recobra su energía.)

GUZMAN.

(Volviéndose al ruido de los pasos de Dávalos, y viéndole.)

(¡Ah!... ¡Si es que él está á mi lado!)
¡Lope!... ¡Venturoso instante!
¡Al fin, te tengo delante!...

(Con pasion y yendo hácia él; deteniéndose, de repente, abatido y confuso.)

Mas...

DÁVALOS.

¿Por qué bajas los ojos,
y se cubre tu semblante
de lágrimas y sonrojos?

GUZMAN.

¿Mi falta olvidas? (Tímidamente.)

DÁVALOS.

¿Pues nó?

GUZMAN.

Al mirarte, me punzó
el pecho un remordimiento...

DÁVALOS.

Sí, por pensar un momento
que la recordaba yo.

GUZMAN.

¿Te encuentras bien de tu herida?

DÁVALOS.

Sí.

GUZMAN.

Lope... Yo estaba loco:
por eso atenté á tú vida.
¡Créeme!

DÁVALOS.

¡Bah! ¿Quién se cuida
de lo que vale tan poco?

GUZMAN.

Me humilla no merecerte,
y me encuentra más cobarde
que la desdicha, la suerte.

DÁVALOS.

¿Quieres que rencor te guarde
á las puertas de la muerte?

GUZMAN.

¡Muerte que vas á sufrir
por mi culpa!

DÁVALOS.

Y ¿qué mayor
bien me pudiera venir?
Tú no alcanzas á medir
la magnitud del favor.

GUZMAN.

¡ Ay! Favor horrible y nuevo.

DÁVALOS

No llores, pobre mancebo,
que en nada me has hecho daño
si te debo un desengaño
y si la muerte te debo...

GUZMAN.

¡ Lope!

DÁVALOS.

Todo habla en tu abono;
de mi odio no queda huella.

GUZMAN.

¿ Me perdonas?

DÁVALOS.

Te perdono:
yo necesito mi encono
todo entero para ella.
Para quien hizo pedazos
el alma que á su maldad
abrió inocente los brazos;
para quien rompió los lazos
de nuestra tierna amistad.

GUZMAN.

¡ Sí!

DÁVALOS.

Hoy recobra, por fortuna,
esa pasion sus derechos...
¡ Qué alegres! ¡ Qué satisfechos
vivimos sin que otra alguna
se albergára en nuestros pechos!

GUZMAN.

¡ Verdad!

DÁVALOS.

Séllense las paces
con un abrazo. (Viendo que Guzman retrocede.)
— ¿Qué haces?
¿Rechazas lo que te ofrezco?

GUZMAN.

Nó, Lope; es que... No merezco...
¡no merezco que me abraces!

DÁVALOS.

Ven acá. (Abrazándole por fuerza.)
—¿Por qué el temblor
así te agita y conmueve
y arde tu rostro en rubor?

GUZMAN.

¿Quién sabe?... La amistad debe
ser parecida al amor...
y como el amor, tener
rubor que el rostro haga arder
y el corazon palpitar...
Yo no lo puedo explicar,
y tú... no lo has de entender.

MÚSICA.

DÁVALOS.

Esa ternura mis penas calma.
¡Santa amistad! ¡Mi amparo sé!
¿Por qué no tuvo como tú el alma
la miserable que tanto amé?
¿Por qué? ¡Por qué!...

GUZMAN.

Gozando entero tu amor Elvira,
sólo para él tuvo rigor.
¿A cuál ventura mayor aspira
quien ha logrado ganar tu amor?
¿A cuál mayor?

DÁVALOS.

En las contadas
horas de vida
que reservadas
nos tiene Dios,
sólo avariento
mi pecho anida
el sentimiento
que une á los dos!

GUZMAN.

(En las contadas
horas de vida
que reservadas
nos tiene Dios,
el sentimiento
que el pecho anida...
¡no es tan violento
para los dos!)

DÁVALOS.

¡Noble placer!
¡Santa amistad!
¡No te ha de vencer
ni la eternidad!

GUZMAN.

¡Noble placer!
¡Más que amistad!
¡No te ha de vencer
ni la eternidad!

Si merece algun premio el anhelo (Para sí.)
con que mi alma sus culpas lloró,
él sabrá mi cariño en el cielo
y por fin me amará como yo!

ESCENA VII.

DICHOS Y ERÁUSO, *por el foro.*

ERÁUSO.

Lope.

GUZMAN.

(¡ Mi hermano !)

DÁVALOS. (Con tristeza.)

Miguel...

ERÁUSO.

¿Pesar el verme te inspira?

DÁVALOS.

Nó... (Abrazándole.)

GUZMAN.

(¡ Qué idea tan cruel !...
Tambien él amaba á Elvira
y queda en el mundo él.)

ERÁUSO. (A Dávalos.)

Tu defensor vendrá luégo,
y quiero hablar á Guzman
á solas y con sosiego.

DÁVALOS.

Adios, pues.

ERÁUSO.

Señor don Diego...

GUZMAN.

Un instante, capitan.

(Aparte á Dávalos, pasando á su lado y junto á la puerta de la derecha.)

(¿Despierta el amor traidor
de la amistad vencedor?

DÁVALOS.

¡Nó!—¿Por eso palideces?

GUZMAN.

Sí... La amistad es á veces
celosa... como el amor.)

ESCENA VIII.

GUZMAN Y ERÁUSO.

ERÁUSO.

Alférez, os vengo á ver,
no sólo para cumplir
un tristísimo deber:
para aclarar lo que ayer
me empezásteis á decir.

GUZMAN.

¡Ayer?...

ERÁUSO.

Hoy ya no me aplana
la pesadumbre, os lo advierto;
con que, en frase lisa y llana,
decidme lo que hay de cierto
en el lance de mi hermana.
Sé por un romance el lance,
y tiempo es ya de que alcance
nuevas ménos inseguras.

GUZMAN.

Dignas son sus desventuras
de andar puestas en romance.

ERÁUSO.

¿Desventuras!... ¡Quien manchó
el nombre puro y honrado
de los suyos...

GUZMAN.

¡Eso nó!
Vos no estais tan enterado
del asunto como yo.

ERÁUSO.

Luego vos...

GUZMAN.

Su amigo fuí
algun tiempo, y conocí
su existencia hecho por hecho:
ella no ha abierto su pecho
á otra persona que á mí.
Ante la muerte cercana,
no miente el hombre más frio:
la más honrada, no gana
en honor á vuestra hermana:
¡os lo juro... por el mio!
Nació varonil y altiva:
no era su sangre de hielo
ni su voluntad pasiva...
¿Quién hay que eluda en el suelo
lo que se decreta arriba?
Sus padres, en esa edad
en que el rigor y el amor
nos convienen por mitad,
echaron su autoridad
de la parte del rigor,
y buscando alguna traza
de humillar á la rapaza,
metiéronla monja... Pero
el golpe que despedaza
el cristal, templa el acero!
Notais que el torrente muge:
con una tabla su empuje
parais: su voz gime sorda...
¡y al cabo, la tabla cruje
y el torrente se desborda!
Padecer y resistir,
tal fué su delito en suma:
marchó... tuvo que seguir,

y se dejó conducir
del viento como una pluma.
Cuando la posteridad
mañana su historia lea,
sentirá incredulidad,
porque no hay nada que sea
más raro que la verdad.

ERÁUSO. (Impaciente.)

Pero ¿no se fugó un dia
del convento? ¿No anda errante
por el mundo todavía,
para vergüenza constante
de la noble patria mia?

GUZMAN.

Sí; su desdicha es tan fuerte.

ERÁUSO.

Pues... no la ponga la suerte
al alcance de mi mano.

GUZMAN.

¿Por qué?

ERÁUSO.

He jurado su muerte.

GUZMAN.

¿Su muerte? ¡Vos?...

ERÁUSO.

Sí.

GUZMAN.

¡Su hermano!

ERÁUSO.

¡Por eso mismo!

GUZMAN.

¡Qué horror!

ERÁUSO.

Venganza harto merecida.

GUZMAN.

El perdon es la mejor.

ERÁUSO.

Los ultrajes al honor
no se perdonan en vida.
Primero, perseguiré
su huella con cuanta calma
y frialdad mi odio me dé...
y ya la perdonaré
cuando rece por su alma.

GUZMAN.

¡Miguel...—¡Sois injusto! (Reprimiéndose.)

ERÁUSO.

Siento
que opineis vos de ese modo.

GUZMAN.

(¡Y anoche, en mi aturdimiento,
tuve el necio pensamiento
de descubrírselo todo!)

ERÁUSO.

¿Callais?... ¿Encontrais severa
mi resolucion?

GUZMAN.

Sí.

ERÁUSO.

¿Quién
tiene piedad de una fiera?
(Guzman se enjuga una lágrima con la mano, disimuladamente.)
—¿Qué estais pensando?

GUZMAN. (Despues de una levísima pausa y con mucha dulzura.)

Quisiera
ver de haceros algun bien.

ERÁUSO.

¿A mí?

GUZMAN.

Esa idea me halaga.—
Vuestro afecto á Elvira, ¿crece
con lo ocurrido, ó se apaga?

ERÁUSO.

¡Ay! Sé que no lo merece...
La amo: ¿qué quereis que haga?

GUZMAN.

Apenas haya yo muerto,
sabreis que nunca fué cierto
un amor que, aunque os ofenda,
camino seguro ha abierto
de esa mujer á la enmienda.

ERÁUSO. (Despues de una ligerísima pausa.)

¡Qué mal, don Diego, qué mal
á corresponderos voy!
Una órden del tribunal
que debe juzgaros hoy,
me nombra vuestro fiscal.

GUZMAN.

¡Ah!...

ERÁUSO.

Vuestra pena adivino:
la mia es mayor tal vez.

GUZMAN.

(Matarme era su destino;
pues... ¡máteme como juez,
pero nó como asesino!)

ERÁUSO.

No aumenteis mi confusion;
decid que me perdonais
que haga vuestra acusacion.

GUZMAN.

¡Si á Dávalos no acusais,
contad con mi bendicion!

ERÁUSO.

La suerte de ambos va unida,
y de la pena que pida
para vos, no hay quien le excluya.

GUZMAN.

Bien... atacad vos mi vida:
¡yo defenderé la suya!

(Se oye un toque de corneta.)

ERÁUSO.

El consejo se congrega...
Me llama el deber... ¡Adios!

(Váse por la izquierda, muy turbado y despues de estrechar las manos á Guzman, que le abraza.)

GUZMAN.

Ya, ¿quién sin luchar se entrega?
—¡Catalina, la hora llega...
¡Tu vida vale por dos!

(Con mucha energía, y yéndose por la derecha.)

ESCENA IX.

Breve preludio instrumental por la orquesta, marcial y religioso á la vez: así que termina, sale por la derecha el sargento CARRANZA, *seguido de doce mosqueteros. Cuando se abre la puerta del fondo, entra por ella el coro general, dividido en cuatro grupos: el primero, de* VIEJAS; *el segundo, de* MOZOS; *el tercero, de* MOZAS, *y el cuarto de* VIEJOS.

CARRANZA.

¡Alto! ¡Presenten! ¡Armas!
Dos aquí

(A los lados de la primera puerta de la izquierda.)

y diez ahí.

(Delante de la mesa del consejo y en un par de filas.)

La vista en el mosquete;
el oido, atento á mí.
(Dicen que el pueblo intenta
salvar al nuevo Cid,
y yo, ante todo, debo
mi obligacion cumplir.)

(Se abre la puerta del patio, que se cerró á la salida de Eráuso en la escena VII, y comienza á entrar el coro.)

VIEJAS.

Ya abren la puerta.
Adentro, pasad,
que vengo muerta
de curiosidad.
Desde aquí, todo
lo veremos bien.
—Baje ucé el codo. (Se empujan unas á otras.)
¡Ay! ¡Vaya un belen!
(Tosiendo.) ¡Ejèm! ¡Ejèm!
¡Maldita tos!
¡Maldita, amén!
¡Válgame Dios!
¡Ejém! ¡Ejém!...

MOZOS.

Silencio, amigos:
aquí es menester
mudos testigos
de la escena ser.
El labio calle
nuestra indignacion,
¡por más que estalle (Alzando la voz.)
roto el corazon!

(Imponiendo silencio, y entre dientes.)

—¡Chiton! Chiton,
y aprovechar
bien la ocasion,
sin rechistar.
¡Chiton!... ¡Chiton!...

MOZAS.

La cosa es cierta...
¡Dios mio, qué horror!
Yo vengo muerta,
muerta de dolor.
Están perdidos;
ya no hay que dudar...
— Para maridos
¡ay qué lindo par!

(Enjugándose el llanto con los pañuelos.)

¡Jí, jí, jí, jí!...
¡Vaya por Dios!
Un potosí
valen los dos...
¡Jí, jí, jí, jí!...

VIEJOS.

Inconvenientes
de la juventud,
poco frecuentes
en la senectud.
La sangre helada
no ha de hacerme á mí
coger la espada

(Esgrimiendo el dedo índice unos contra otros, y temblando.)

y acabar así.
¡Jé, jé, jé, jé!...

(Dándose golpecitos en el puño de la mano izquierda con la palma de la derecha.)

Quizás, quizás
no moriré
jamás, jamás.
¡Jé, jé, jé, jé!...

CARRANZA.

¡Silencio! ¡Mucho órden!

CORO. (A gritos.)

¡Qué! ¿No se puede hablar?

CARRANZA.

¡Silencio!

CORO.

¿Por qué causa?

CARRANZA.

Aquí el consejo está.

CORO.

¡Ah!... ¡Ya!
¡Ah!... ¡Ah!...

(Todos reunidos, bajando al proscenio y sin formar más ruido que cuando cantaron separados.)

¡Mejores modos,
que nos van á echar!
Procuren todos
ver, oir y callar.
La mano apoyen
contra el corazon...
¡Tsí!... ¡Que nos oyen
la respiracion!
Tsí... tsí... tsí... tsí... (Imponiendo silencio.)
—¡Por Belcebú!
¡Nadie hable aquí!
¡Sú... sú... sú... sú!...
¡Tsí!... ¡Tsí!... Tsí!... Tsí!...

(Los mosqueteros, á una seña de Carranza, deshacen el fondo y se corren, formando semicírculo, desde el último término de la izquierda al primero de la derecha. El coro queda dentro del cordon.)

ESCENA X.

DICHOS; RIVERA, ERÁUSO Y VARIOS OFICIALES, *que hacen de vocales en el consejo, salen por la primera puerta de la izquierda y se sientan en derredor de la mesa. El primero, que preside, en el sillon del centro; Eráuso, á su derecha y frente al público; á la izquierda, el que hace de notario y escribe cuando comienza la vista.*

RIVERA.

En el nombre del Virey,
que represento en mi cargo,
haré el sacrificio amargo
de cumplimentar su ley.

Mientras indios y holandeses
nos cercan por mar y tierra,
se confunden en la guerra
todos nuestros intereses;
y el duelo,—que al santo honor
de España, soldados quita,—
más que nunca, necesita
reprimirse con rigor.
Hoy la ley va á castigar
á dos bravos oficiales;
que á todos los hace iguales,
y así es justa y ejemplar.
Entren ya los acusados,
y tambien sus defensores.

(Carranza se asoma á la puerta de la derecha.)

—Pidamos á Dios, señores,
juicios por Él inspirados.

(Todos los que componen el consejo se levantan y permanecen como si rezáran para sí, mientras canta el coro y entran los personajes de la

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS. *Salen por la derecha,* GUZMAN, DÁVALOS Y MOSTACHO: *aquél con* GALINDO, *y éstos con otros* DOS OFICIALES, *yendo á sentarse todos en el banco que tienen dispuesto enfrente del tablado; quedando los reos en medio de sus defensores, y Mostacho en último lugar y poco visible. Dávalos y el alférez, se levantan cuando son interrogados.*

MÚSICA.

(Pianísimo, pero muy destacado.)

VIEJAS.

A respirar no acierto.

MOZOS.

¡Prudencia, voto á briós!

VIEJOS.

Esta es la vida, amigos.

MOZAS.

¡Ved qué gallardos son!

HABLADO.

GALINDO.

(¡Guzman!... (Sosteniéndole.)

GUZMAN. (Señalando á Dávalos.)

Su riesgo me abate,
no el mio.)

MOSTACHO.

¡Ay, Dios!

CARRANZA.

(¡Tente firme!

MOSTACHO.

Mi suerte es que he de morirme
ántes de que se me mate.)

RIVERA.

Leed, acusador fiscal.

ERÁUSO. (Levantándose y leyendo.)

«Lope Dávalos y Herreros,
capitan de mosqueteros
y la gloria principal
del tercio, anoche ha retado
á desafío al alférez
de piqueros Diego Perez
de Guzman, que lo ha aceptado.»

RIVERA.

Los reos declararán
si se avienen á ese aserto.

GUZMAN.

Señor... (Luchando con su postracion.)

DÁVALOS.

Declaro que es cierto
que he provocado á Guzman.

GUZMAN.

¡Señor...

RIVERA.

Callad.

GUZMAN.

Fuera impío
mi silencio: pido amparo
al tribunal, y declaro
que no hubo tal desafío.

RIVERA.

¿Cómo! (Murmullos.)

GUZMAN.

Nadie, con razon,
á un lance dará ese nombre,
en que es atacado un hombre
por sorpresa y á traicion.

DÁVALOS.

¡Guzman!... (Crecen los murmullos.)

RIVERA.

¿Sereis tan cruel?
¿Hareis que diga el proceso...

GUZMAN.

¡Sí! ¡Quiero que diga que eso
es lo que hice yo con él!

RIVERA.

¿Con él!...

GUZMAN.

¡Señor, me interesa!

DÁVALOS.

¡Diego!...

RIVERA.

¡Esto es extraordinario!

GUZMAN.

Yo acometí á mi contrario
á traicion y por sorpresa;
y, como á probar que así
pasó todo estoy resuelto,
Lope debe ser absuelto
y condenárseme á mí!

RIVERA.

¡Noble generosidad!

DÁVALOS.

Falta que yo la autorice.
—No hay en todo lo que dice
ni palabra de verdad.
Si al cabo se decidió
á aceptar mi reto, fué
despues que multipliqué
las provocaciones yo.

GUZMAN.

¡Le herí á traicion!

DÁVALOS.

La estocada
fué en el pecho.

GUZMAN.

¡Trató en vano
de defenderse!

DÁVALOS.

En mi mano
halló la ronda mi espada.
—En un duelo, el que provoca...

RIVERA.

Decís que hubo desafío...

GUZMAN. (En la mayor exaltacion.)

Pero... ¿no hay aquí, ¡Dios mio!
quien tape á ese hombre la boca?

RIVERA.

Leed. (A Eráuso.)

ERÁUSO.

Dice la ley marcial:
«Al soldado que se bata
cuando hay guerra, se le mata.»
Como acusador fiscal,
con la violencia más fuerte
y en contra de mis deseos,
opino que entrambos reos
han merecido la muerte.

UNA VOZ.

¡Indulto!

TODOS.

¡Indulto!... ¡Perdon!

LOS MOZOS. (Avanzando.

¡Libertad!

(Rivera se pone en pié y los soldados preparan los mosquetes volviéndose contra el pueblo.)

RIVERA.

Esa insolencia,
sin evitar su sentencia,
agrava su situacion.
—Llevadlos.

(El sargento y dos soldados se acercan á los oficiales.)

GALINDO.

(Levantándose indignado de su asiento y encarándose con Eráuso.)

¡Alma inhumana!
¿qué es lo que acabas de hacer?

ERÁUSO. (Con amargura y entereza.)

He cumplido mi deber.

GALINDO.

Nó: ¡has sentenciado á tu hermana!

(Sorpresa general: el consejo se levanta, y los individuos que lo componen bajan al centro de la escena.)

ERÁUSO.

¿Eh!...

GALINDO.

Ya tuve harto sosiego.

CATALINA.

¡Quién os descubrió el arcano?

ERÁUSO. (Entre colérico y atónito.)

Pero... ¿es verdad!

GALINDO.

(Sacando del pecho el pliego de la escena IV, que Miguel va á tomar, y entregándolo á Rívera.)

Vuestra mano,
que lo aclara en este pliego.

CATALINA.

¿Y lo habeis abierto vos?
¡Qué indiscrecion!

GALINDO.

¡Grande! ¡Inmensa!
Pero os buscaba defensa,
y me la ha inspirado Dios.

CATALINA.

¡Ay, nó! Nadie en ello gana.

GALINDO.

Pues ¿qué tribunal mantiene
la sentencia en que interviene
Eráuso contra su hermana?

(Miguel se pasa una mano por la frente.)

RIVERA.

(Que ha estado leyendo para sí, avanzando hácia el proscenio y haciéndolo en voz alta.)

«Con objeto de apoyar
de otro modo la mentira,
fingí amar á doña Elvira...»

(Con alegría, bajando el pliego y alzando la vista al cielo: todo con rapidez.)

—¡Honra, vuelve á respirar! — (Continúa leyendo.)
«Miguel la ama, y su favor
para él al morir la implora
quien mata al hombre que adora,
porque se muere de amor.»

CATALINA.

¡Ah!... ¡Piedad de mis sonrojos!
Ya sabeis que soy mujer...
No me hagais aparecer
tan despreciable á sus ojos.

DÁVALOS. (Con ternura.)

¿Despreciable!... ¡Calla ya!
¿Quién despreciarte podria?

ERÁUSO (Bajando la cabeza.)

(¡Y yo dar muerte queria
á quien vida á darme va!)

(Catalina, que ha estado contemplando á Miguel, se arroja en sus brazos.)

RIVERA. (A Miguel.)

¿Qué decís?

ERÁUSO.

¿Qué he de decir?

(Violentándose, separándose de Catalina y sollozando casi.)

Que si mi hermana es soldado
y á su deber ha faltado...
mi hermana... debe morir.

CORO.

¡Nó! ¡Nó!

RIVERA.

La ley del Virey
dice á la letra: «Se mata
al soldado que se bata
con otro.» — Está en pié la ley.

CORO.

¡Nó!

RIVERA.

¡Sí! ¡Cumplo mis deberes!
(Transicion.)—Pero la ley, hijos mios,
no habla de los desafíos
de soldados... y mujeres.

CORO.

¡Vítor! (Palmoteando.)

CATALINA.

¡Su voz bendecida
la gloria èn mi pecho vierte!
Ya no van á darte muerte... (A Dávalos.)
¡Ahora comienza mi vida!

MOSTACHO.

Con que... Es decir... Luego... Pues...
(Sin poder hablar.)
Entónces... Ya... ¡Miedo fuera!
Vi... va... ¡Viva el gran Rivera!

TODOS.

¡Viva!

MOSTACHO.

Y vivamos los tres.
(De pronto, y poniéndose serio.)
Pero ¡ay! que no tiene chiste
este lance, por quien soy.

CARRANZA.

¿Qué te sucede?

MOSTACHO

Que estoy
muy triste.

CARRANZA.

¿Por qué estás triste?

MOSTACHO.
(Llevándose su tio á un lado del proscenio, y con misterio.)

Si mi amo, en quien se admiró
tan varonil proceder,
ha resultado mujer...
¿qué voy á resultar yo?

MÚSICA.

CATALINA.
(Marcialmente, como en su primera salida.)

En alas de la fama
vuela mi nombre,
y ella es la que proclama...
(Con gracia y coquetería.)
que no soy hombre.
Ya no esgrimo el montante,
¡zis-zás, zis-zás!;
mujer tierna y amante
soy nada más.

CORO.

Ya no esgrime el montante, etc.

FIN DE LA ZARZUELA.

NOTAS.

(1)

El primer acto de *La monja alférez*,—puramente expositivo,—necesita sumo esmero al ser ensayado, si ha de esperarse, con una sombra de fundamento, que produzca algo más que cansancio en el ánimo del benévolo espectador.

En el movimiento que al levantarse el telon debe haber en escena, conviene evitar la confusion que resultará necesaríamente si no se mezclan con inteligencia los comparsas y los coristas. Aquellos, divididos en grupos, juegan á la pelota, á la barra y á los bolos; pero, en cada reunion de comparsas, deberá haber algun corista que se una al canto de los que están en primer término, para que la animacion sea general.

Si el cuadro con que el acto concluye, no ha de ser el que la acotacion describe, más vale que al marcharse el alférez, terminado su monólogo, entone la orquesta el aire de su primera cancion y baje la cortina. El almirante D. Rodrigo de Mendoza era hombre llano y modesto, y algunos historiadores afirman que entró *de incógnito* en la ciudad del Callao.

Las espadas de Guzman, Dávalos y Galindo deben tener la punta redondeada, y así se evitarán lances como el ocurrido la noche del estreno de la presente obra; lance que, sin la serenidad de la señora Toda, tan justamente aplaudida en el papel que ha creado, sin el pulso firme del Sr. Pló, gran tirador de espada española, pudo convertir la escena del juego en el final de una tragedia, representado con demasiada verdad.

Los viejos y viejas del tercer acto, saldrán caracterizados convenientemente. De los primeros, unos serán calvos como la palma de la mano, otros lucirán blanquísima cabellera; éste se retorcerá el canoso bigote, aquél aparecera afeitado con pulcritud. Las señoras gastarán tocas, algunas anteojos, y todas nariz y barba postiza, con su poco de bigote, si no lo llevan á mal. El autor no se explica la repugnancia de las mujeres á aparecer viejas y feas en el teatro. ¿No lo son? ¿Qué les importa? No perderán su belleza en el disfraz, y al quitárselo brillará con más energía. ¿Son viejas y feas por desgracia suya, y de todos? Pues mientras dure una trasformacion poco difícil, ¿quién lo echará de ver?

Los murmullos con que el coro manifiesta sus emociones al presenciar ciertos acontecimientos, rara vez deja de asemejarse en nuestros teatros á bostezos de gente aburrida al reparar, sin duda, lo mal que lo hace. Si los indicados en el consejo de guerra, no consigue la paciencia de los señores directores de escena que salgan medianamente, nada de

conmocion popular: que el pueblo hable cuando no haya otro remedio, cuando *esté escrito*, y cállese cuando la fatal sentencia mahometana no conste. Preferible es que aquellas personas parezcan poco interesadas en la suerte de Catalina y el nuevo Cid, á que consigan que nadie se interese por ellos.

(2)

Los inteligentes, si por desdichada fortuna mia paran un momento su atencion en esta escena, dirán que ni esto es jácara, ni tiene el menor parecido con las que en el siglo XVII entonaban por calles y plazas los ciegos, y los mismos actores en los corrales.

El autor la escribió de otra manera, procurando acomodarse á los modelos que conoce; pero las conveniencias escénicas, las pícaras *convennienzze teatrale*, le obligaron á lo que él sabe bien que está muy léjos de las conveniencias literarias. Y en prueba de que dice verdad, hé aquí el primitivo romance:

Al pié de un erguido monte
que el mar Cantábrico azota,
San Sebastian, linda perla
aprisionada en su concha,
levanta la sien, saliendo
como Vénus de las ondas.
Allí nació há veinte años,
de su patria ultraje y honra,
una mujer, un prodigio,
que admira, asusta y asombra.
Era desde los albores
de su niñez venturosa,
tan fuerte y ágil de cuerpo,
de espiritu tan indómita,
que el crédulo vulgo duda
lo que la fama pregona.
Esperando corregirla,
hízola su padre monja...
Bramó la fiera, acosada
por el dolor y la cólera,
pidió al ingenio la ira
su intervencion protectora,
y al fin se huyó del convento
de la noche entre las sombras.
Al despuntar la mañana,
Catalina reflexiona
que lleva por donde marche
su delacion en su ropa;
que el que huye, aunque huellas deje,
ni las mira, ni las borra.
En un castañar penetra
y con un vaquero topa,
que, despues de requebrarla,
quiere pasar á las obras.
Riñe con él Catalina
y por el monte lo arroja;
mira despues que está herido,
y su traje se acomoda,
con el que, en hábito hombruno,
hace su entrada en Vitoria.

Luchando con la desgracia
en vez de achicarse, toma
mayor altivez, más brio
aquel corazon de roca;
y la fugitiva es paje,
y mercader, y blasona
de espadachin, y dá tanto
que hacer á jueces y á rondas,
que su casa es casi siempre
la cárcel ó la parroquia:
ó vive presa en la una,
ó refugiada en la otra.
De repente, se ha sabido
que Lucifer en persona
se la ha llevado al infierno
queriéndola por esposa.
Y este romance que digo
no es romance, que es historia
de Catalina de Eráuso
por todo el mundo famosa.

(3)

Este lance del caballo es histórico, y la monja alférez lo refiere en la relacion que de su extraordinaria vida dejó escrita, y publicó el Sr. Don Joaquin María Ferrer, acompañándola de un admirable prólogo é interesantes documentos justificativos. La ocurrencia de Catalina de Eráuso ha sido atribuida despues á cierto viajero cuyo caballo robó un gitano.

(4)

El autor no responde de que la escritura de esta copla (una de las varias que tiene el famoso y antiguo zortzico *Iru dámacho donostiaco)* sea la verdadera. La ha consultado con cuatro vascongados, y cada uno le ha dado una version distinta. En lo único que los cuatro están de acuerdo es en que los versos, traducidos al castellano, quieren decir, sobre poco más ó ménos:

«En San Sebastian de abajo,
la sagardúa es buena de beber;
bien saben coser allí las muchachas,
pero todavía saben mejor, beber.

(El *crísquitin crósquitin* es una variedad del *óle con óle* de los andaluces, y sirve, como él, para animar el canto.)

Rosas y clavellinas...
pero todavía saben mejor, beber.»

(5)

Estos versos son el estribillo de una deliciosa cancion indiana de Lope de Vega.

10

(6)

En esta escena hay un rasgo y dos frases de Montalban en su *comedia famosa* de *La monja alférez.* El rasgo es el «*¡Mentís!*» de Guzman á Galindo cuando éste insulta á su hermano, y las frases:

. . . . la demasía
que se hace en presencia mia,
la tomo yo por mi cuenta.

—

. . . .
Suelen echar los valientes
los bigotes hácia fuera;
pero, está tan en su centro
en mí el valor que denotan,
que á la cara no me brotan,
porque los echo hácia dentro.

El célebre doctor, dice:

Hecha donde yo esté, la demasía,
siempre la tomo yo por cuenta mia.

—

Pues, porque esté el valor más en mi centro,
echo yo los bigotes hácia dentro.

ADVERTENCIAS.

— Por *derecha* ó *izquierda,* entiéndase siempre la del actor.

— Todos los versos encerrados en un paréntesis cuadrado en las páginas 8, 83-84 y 113-114, se suspenden en la representacion.

— En la página 5 dice Mostacho:

... llego
con la flota, y héme aquí.

Debe decir:

con la escuadra.

— En varios cantables se han hecho algunas ligeras variaciones, que constan, naturalmente, en la partitura.

